

CHARLES BOYER

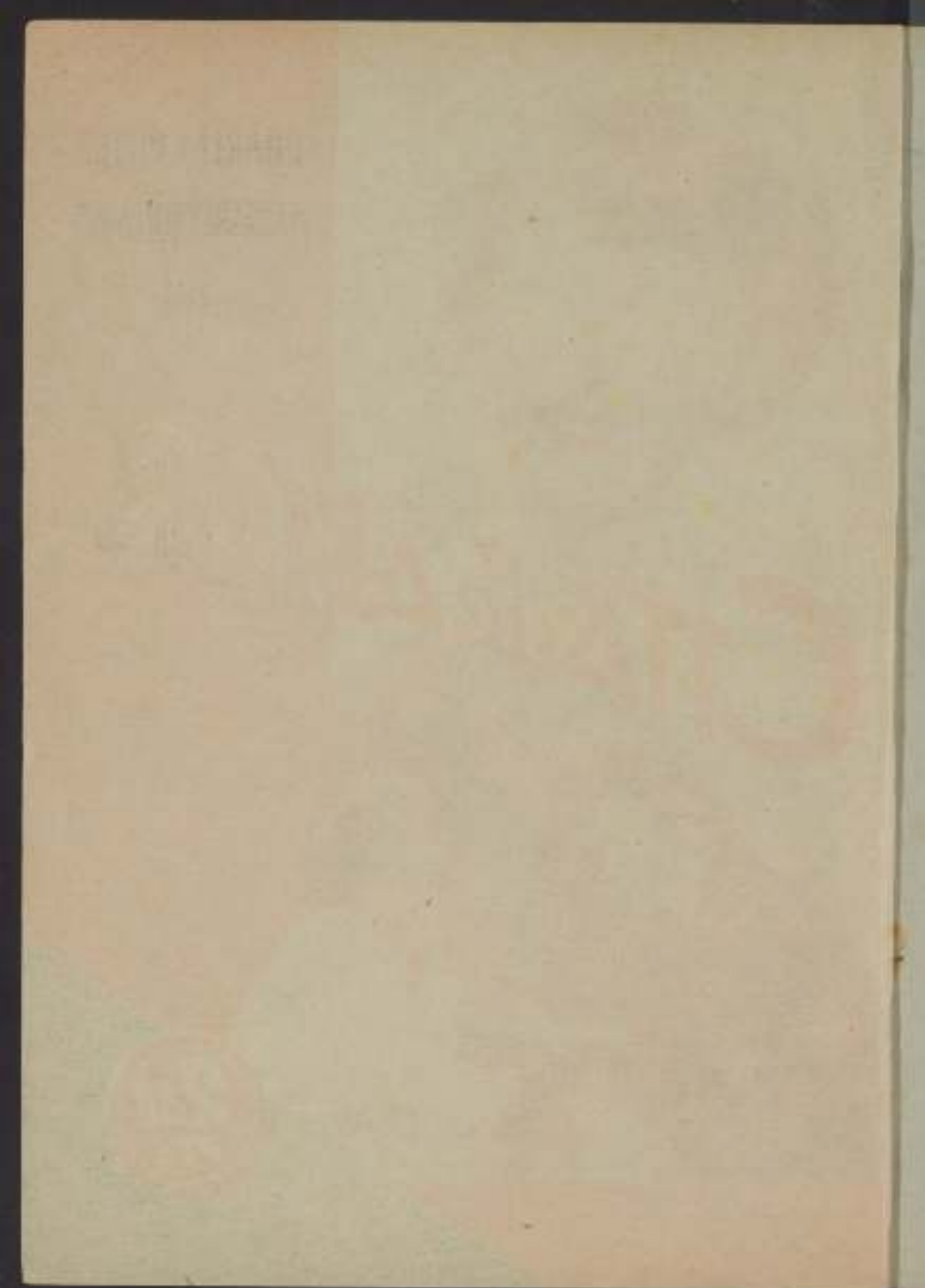
MARGARET SULLAVAN

em

CITADEL de AMOR



2'50
PTS



CITA DE AMOR

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

Calle Ballén, 154 - BARCELONA - Teléfono 75697

EDICIONES EXTRAORDINARIAS
SERIE ESPLENDOR

Publicaciones CINEMA

PRESENTA

CITA DE AMOR

DIRIGIDA POR

WILLIAM A. SEITER



UNA SUPERPRODUCCION



DISTRIBUIDA POR

UNIVERSAL FILMS ESPAÑOLA, S. A.

EDITORIAL BOARD
OF THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND

REPARTO:

André Cassil	CHARLES BOYER
Jane Alexandre	MARGARET SULLAVAN
Nancy Benson	Rita Johnson
George Hastings	Eugene Pallette
Edith Meredith	Ruth Torry
Michael Dailey	Reginald Denny
O'Leary	Cecil Kellaway
Timothy	J. M. Kerrigan
Dr. Gunther	Roman Bohnen

CITA DE AMOR

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El éxito

¡El autor!... ¡El autor!, gritó el público al mismo tiempo que descendía el telón en medio de una estrépitoso salva de aplausos. Terminó la comedia con el beso de la reconciliación entre los dos protagonistas: «ella y él», y los espectadores que habían seguido con creciente interés trama y diálogo, se desbordaron en el desenfreno teatral y humano, con el gran entusiasmo que provoca la ovación.

Alzado el telón repetidas veces, autor y comediantes, entrelazadas sus manos, saludaban agradecidos. Ante la insistencia de la muchedumbre, el autor se adelantó a las candilejas.

«Al parecer — empezó diciendo — no hay ningún crítico en la sala.»

Y ante el silencio casi religioso del patio de butacas y localidades, continuó:

¡Señoras y caballeros! Al pre-

sentarme ante ustedes... Pero su palabra quedó cortada al tropezar su vista con una joven que, elegantemente ataviada y en la primera fila de butacas, aparecía inclinada la cabeza y con notoria indiferencia, contrastando su actitud con la del resto del teatro que, en pie y emocionados, seguía aclamando al comediógrafo André Casali, que prosiguió sin perder de vista a la dama:

—Supongo que no esperarán de mí que les diga... que les cuente nada de...

Se interrumpió nuevamente. La visión de la joven le obsesionaba hasta hacerle perder el hilo del discurso; pero ante la atención de la gente que pendiente de sus palabras, le seguía absorta, quiso sobreponerse y reanudó su oración:

—Como iba diciendo... Supongo que no espe...

Un brusco movimiento de la

joven que dejó caer la cabeza hasta tocar su pecho con la barba, alarmó a André que, sin poder contenerse, abandonó precipitadamente el escenario y descendiendo por la escalerilla lateral del proscenio a la sala, tomó en brazos a la dama que parecía desmayada.

—Un momento, por favor—exclamaba André—. Llamen a un médico. Alguien se ha desmayado. —Y dirigiéndose a los de las butacas próximas, preguntó: —¿Vino con ustedes?

Todos movieron la cabeza negativamente, y una señora que estaba al lado de la desconocida, afirmó que había venido sola.

—¿Hay algún doctor en la sala? —Inquiría a voces e inquieto André, sin abandonar su preciosa carga.

La sala guardó silencio. Sólo ella, la desmayada en apariencia, reaccionó de súbito y preguntó asombrada por qué había llamado a un médico, protestando de la ociosidad y precipitación de André que procuraba calmarla asegurándole que el doctor no podía tardar ya.

En vano bamboleaba ella sus piernas, sujeto el cuerpo en los brazos del autor, tratando de librarse de ellos, mientras pedía a voces que la soltase..., que se equivocaba. André seguía apresándola y tranquilizándola con la promesa

de que el doctor llegaría en seguida.

—No es ninguna molestia—aseguraba André—. Tranquilecese. Se sentirá mejor fuera.

—Soy médico—afirmó la joven, logrando desprenderse.

En aquel momento llegó el acomodador que anunció que el número ocho de la fila O estaba ocupado por el doctor Alexandre.

La extrañeza de André Cassil fue grande cuando al ordenar al acomodador que llamase al doctor Alexandre, contestó la joven que el doctor a quien él se refería era ella misma.

—¿Qué dice?

—Que ese médico soy yo—contestó rotundamente la joven ya de pie.

—Debe cuidarse de todos modos. Se ha desmayado usted.

—No diga simplezas. No me he desmayado en mi vida.

—Pero si yo lo vi.

—Usted vió que me dormía.

La estupefacción del autor subió hasta el colmo; pero sereno, sin inmutarse visiblemente, a pesar del fiasco que casi degeneraba en bochorno, al enfrentarse, ante toda la sala que le aclamaba triunfalmente, con aquella mujer a quien creyó desmayada de emoción por la fuerza literaria de su comedia, y estaba por el contrario dormida de aburrimiento y hastío.

Así al menos lo confesó ella, en respuesta a las preguntas de André, tan incrédulo como indignado.

—¿Cómo?... ¿Se dormía?

—Y cuando me tomó en sus brazos, ¿no quiso usted añadir una escena a su comedia?

—Ya... Le hizo dormir mi obra por lo visto.

—Sospecho que sí.

—¿No le gustó?

—Es terrible.

Y con una mirada de desprecio, quizá un poco fingida, volvió la espalda, subió por el pasillo y abandonó el teatro, sin perderla de vista André, que permaneció atónito sin preocuparse de los espectadores que iban vaciando sus localidades.

La advertencia de un espectador que le entregó el bolso que la señorita había perdido, le volvió a la realidad. Trató de lanzarse en pos de ella para entregárselo; pero convencido de la imposibilidad de alcanzarla en medio de la muchedumbre, desistió, alzó los hombros en señal de una indiferencia que más parecía obligada resignación, y subió la escalerita del proscenio, tal vez sintiendo en sus adentros el alfilerazo de una honda impresión que empezaba a llegarle al alma con la desazón de un amor que nació espoleado precisamente por la herida que en su personalidad de

artista le había inferido aquella mujer a quien minutos antes no conociera.

El amor como fórmula química

Sin duda, internamente mohino por la decepción sufrida y atormentado por un vivo deseo, pero desplegando en lo externo la alharaca del júbilo, abrió André aquella noche los salones de su casa a la fiesta con que celebraba el clamoroso éxito con que había visto coronada su última obra.

Empresarios, artistas, mujeres de la escena y del gran mundo, amigos y cuanto desistaba en la crema del teatro y de la pantalla, se congregó allí en alborozada camaradería, desbordándose el champagne entre brindis, felicitaciones y augurios de nuevos triunfos.

André Cassil, el triunfador, no sólo de aquella obra, sino de otras anteriormente estrenadas, era llevado en palmas de un sitio a otro: del bufet a la sala de baile; de la sala de baile al fumadero; y por todos requerido y abrazado. Se hablaba de todo, y cada uno procurando llevar la conversación al reducto de sus intereses y de sus egoísmos.

Así el empresario Hastings se

ufanaba ante su amigo Filler de ser él quien desde hacía cinco años montaba y presentaba las comedias de André, recordando más la cuantía de sus gastos que los pingües beneficios que aquéllas le habían rendido. Esperaba que ésta, asintiendo a una opinión de su amigo Filler, se sostuviese en el cartel más de diez semanas y a teatro lleno. Por eso, indudablemente, se escurrió con una ironía a tiempo, cuando Lola, una mecenas de baratillo, se acercó a él para advertirle que Teodoro, su patrocinado, tenía una idea magnífica para montar una obra, cuyo argumento comenzaba en el cielo.

No faltaba, como no podía faltar en la fiesta, la alimbarada romántica, de soñadores ojos y cara lánguida, a quien el encanto de la poesía y del arte acerca más al artista que a su obra. Allí estaba Edith para testimoniar el aserto, pegada a André al que había arrebatado y conducido casi a tirones a un reducto aparte del corro de los demás. Le hablaba de todo: de teatro, de poesía, de arte; pero siempre llevando el agua a su molino—valga en este caso lo vulgar de la frase—para acabar en lo que era guía y centro de su propósito:

—Ha sido usted mi obsesión—aseguraba.

—Pero, querida. Si... si hace meses que no la veo.

—Pero yo lo he visto a usted... Bueno... En realidad, me refería a que he pensado mucho en usted.

—¡Mala señal!

—Ni un instante consigo olvidarle.

—Yo también he pensado en usted—replicó André, por decir algo.

—No es posible. Está usted demasiado ocupado.

Calló el autor un poco reflexivo como buscando la evasión para deshacerse de la importuna; pero decididamente a no romper el coloquio, se agarró a lo que ella creía era una ilusión de André como herencia de sus padres.

—Hábleme de su casa de campo.

—¿De qué?

—Sea bueno, André. Cuéntemelo todo... Dígame si los árboles han crecido, y si...

—Eso no es una obra mía... Usted no se llama Lennie, ¿verdad?

—Pero si soy Edith—contestó la muchacha, casi ofendida.

—¡Ah, sí, Edith!... Ya caigo... Pues verá: es una antigua choza de caza... En medio del bosque. Rodeada de silencio y de paz. Al lado hay una cascada, y en la noche...

La Providencia que nunca se olvida de los desgraciados vino en

su ayuda en forma de un sirviente que le anunció que al teléfono le llamaba desde Chicago la señorita Nancy Benson. Sin embargo, a juzgar por la mueca que se dibujó en el semblante de André, en aquella ocasión era tan malo el remedio como la enfermedad. Le consoló, no obstante, la distancia. La crisis, por teléfono, no podía ser muy larga ni tan acerba.

A regañadientes acudió al teléfono... Era Nancy Benson, una notable actriz que en los primeros pasos de novel había ayudado a André, poniendo alma y corazón en los papeles que interpretaba para arrancar el aplauso y consolidar la posición artística de su protegido. Agradecido el incipiente a los desvelos y entusiasmos de la actriz, todo fueron para ella en sus comienzos de autor, adhesión y ditirambo... ¡Después!... Después, colocado ya en el pináculo de la gloria, la encontró amanerada y redicha, y a fuerza de retralmientos y pretericiones, logró desprenderse de aquel testigo de sus balbuceos artísticos y humillaciones de principiante. El pasado cuando estorba se borra de un plumazo sin mirar desgarrones de afecto.

Aplicó el auricular a su oído, y gritó: ¿Qué hay Nancy? Mientras por señas llamaba a Hastings, el mastodonte empresario, para que

le ayudase a deshacerse de ella.

—Claro que te eché de menos... Sí, todo fué bien.

La voz de Nancy aseguraba por el alambre que no había querido descansar hasta saber qué acogida había tenido la obra...

André agradeció el interés y hasta se dispuso a coronar su gratitud con una halagadora palabra para su interlocutora; pero la noticia de ésta de que su compañía se disolvía, le escamó y cedió presuroso a Hastings el aparato.

George Hastings se puso al habla y confirmó que realmente el éxito había sido sensacional y que el teatro casi se vino abajo a fuerza de ovaciones.

En medio de la muda protesta de André, que casi intentó arrancarle el auricular, Hastings prometió a Nancy un papel importante en la nueva obra de aquél, aseverando, como Nancy suponía, que el autor lo había escrito para ella y que así se lo había manifestado diez o doce veces por lo menos. Y con un «adiós querida» se despidió, dejando el teléfono y volviéndose a Cassil.

—¿Sigue usted tan embobado por la muchacha?

—No, no— se apresuró a contestar André, contrariadísimo—. Nada de eso.

—Pues no lo hace mal.

—Ni bien tampoco.

Nuevamente, el criado Leary se aproximó a André, anunciándole que una señorita deseaba verle.

—¿Una señorita?

André Cassil se apresuró a salir al encuentro de la visitante saltando la barrera que intentaba ponerle Edith, que le manifestaba:

—He decidido... Verá usted... sobre aquello que hablamos del campo.

—¿Cómo?

—Me gustaría ir. Adoro la tranquilidad.

—Pues yo, no... Lo siento.

En la estancia contigua esperaba, de pie, majestuosa y grácil, con todo el empaque científico de su doctorado, la esbelta figura de Jane Alexandra. Su elegancia, a tono con la hermosura de su cara, cuya mirada reflejaba toda la firme voluntad de un carácter formado en el estudio y la reflexión, contrastaba con la frivolidad y ligereza de la concurrencia que presente antes en el teatro miraban a la recién llegada recordando el incidente que provocara al final del espectáculo.

Al ver a André, la joven profirió resuelta:

—Le pido mil perdones. No era mi intención interrumpir; pero es que...

—La suponía durmiendo. Con tanto sueño...

—¿Cómo?... ¡Ah, sí!

El crítico Smith, que acababa de llegar, se acercó a la pareja y felicitó al autor.

—Preciosa obra, Cassil. Ha escrito una obra maravillosa.

—¿Se ha dejado embancar otra vez? —Interrogó irónico André, mirando de soslayo a la doctora.

—Es su mejor obra.

—Quizá; pero todavía no es buena.

—Usted, siempre de broma.

Y dicho esto, comprendiendo que estorbaba, se alejó, mezclándose con los demás invitados. La pareja, otra vez frente a frente y sin extraños, reanudó el discreto con una ironía de André.

—Y si no, usted misma, doctora. Desmenuce el carácter de cualquiera de mis personajes. ¿Qué encuentra usted en ellos?

—Le aseguro que no lo sé.

—Yo se lo diré: serrín; serrín tan solo.

Sin amilanarse, captó la muchacha la acerada ironía de su interperante, y la contestó con entereza:

—Sí... estoy completamente de acuerdo.

—¿Y también lo está en que mis situaciones son falsas e incomprensibles?

—Sí; falsas completamente; desde luego.

—¿No estará usted de acuerdo solamente por cumplir?

Esta vez la ironía de André fue casi retadora; pero no logró amedrantar a la joven.

—No, no; nada de cumplidos. Estoy de acuerdo con usted, porque estoy completamente de acuerdo: Sus personajes no tienen razón de ser. Todo lo que hacen es lógico.

—Un momento — interrumpió André, dispuesto a argumentar en serio y sin poder contener la repulsa de la ofensa a su literaria solvencia —. Están enamorados; y el amor ni suele ser razonable ni suele ser lógico.

La formación científica de Jane Alexandro se descubrió ya sin eufemismos.

—Pero si eso no es cierto. El amor tiene su lógica. Tanto como cualquier otro problema de laboratorio.

El asombro de la respuesta se reflejó vivamente en la inquisitiva y penetrante mirada de André, mientras la doctora continuaba rotunda:

—El amor es una atracción química basada en la ley que gobierna las afinidades. Ponga en un tubo de ensayo dos cosas afines y se fundirán por atracción. La fórmula, como usted ve, es sencillísima.

—Todo eso será muy científico, claro; pero...

—Es la verdad. Usted sólo añade un poco de romanticismo para

ocultar la verdad... Y ahora, después de este discurso, si me da las llaves, me irá.

—¡Oh, no!... Deseo hablar con usted.

Hubo un momento de silencio. Las miradas de ambos se encontraron en el reflejo misterioso de sus pensamientos. La aparente frialdad de los dos, más bien parecía estudiada. Ni uno ni otro deseaban separarse; pero más frágil el hombre en disimulos, fue él y no ella quien dejó traslucir el punto débil de su voluntad al manifestarle que deseaba hablarle.

—¿Y por qué desea usted hablar conmigo?

—Porque es usted la única persona que conoce toda la verdad acerca de mis obras. Sin contarme yo; claro.

Tal vez esperara ella otra respuesta más adecuada a su sentir o quizá puso él algo de befa en sus palabras; pero no debieron sentarle muy bien a juzgar por la réplica que a ellas dió la doctora:

—¡Señor Cassin!... Es usted un farsante de la peor especie. Le encantan sus obras. Cree que son maravillosas.

Y sin más audiencia, ausentóse rápida, dejando boquiabierto al autor que seguidamente se vió rodeado de sus invitados.

La adiposa humanidad de George Hastings, cuyo buen humor

nunca le abandonaba, se acercó y le golpeó cariñoso y zumbón la espalda.

—Oiga, pollo: ¿no es esa la mo-
cita que se desmayó en el teatro?

—Sí... sólo que no es una mo-
cita; es una doctora.

—¿Doctora? Hoy las mujeres
hacen de todo. Ayer me encontré
una chica que es artista en ta-
tuajes. Quería que posara para
dibujarme una vista de Gibraltar.

—¿Sabe lo que cree la doctora
acerca del amor?

—Vaya usted a saber.

—Opina que el amor es algo que
se cultiva en un tubo de ensayo.

Una risotada de Hasting cerró
el diálogo, y la fiesta continuó
ruidosa y prolongada.

Un enfermo que está sano

En el laboratorio del doctor
Gunther, anejo al hospital, la doc-
tora Jane Alexandre desempeñaba
funciones de singular importancia,
siendo por su competencia y
acierto en los diagnósticos el auxi-
liar en quien el jefe tenía más
confianza, hasta el punto de de-
legar en ella la dirección y trata-
miento de casos de suma gravedad
y que requerían por tanto experto
dominio y suficiencia profesional
indiscutible.

Al día siguiente de los sucesos
narrados en el capítulo anterior,
acudió como de costumbre a pri-
mera hora de la mañana, la doc-
tora Alexandre a su laboratorio,
entregándose, con todo el ahinco
de que era capaz su firme carác-
ter, a sus habituales tareas, aje-
na en absoluto a cuanto había
ocurrido la noche anterior.

Había hecho un apostolado de
su profesión y para ella en aquel
momento no había otra cosa que
absorbiere su inteligencia y su es-
píritu, que el examen del residuo
microbiano que presentaba el mi-
croscopio ante sus ojos.

A su lado, también atento al
análisis y pendiente de la opinión
que la doctora emitiera, se halla-
ba Wade, auxiliar igualmente y
doctor que con Jane, aunque en
lugar secundario, trabajaba a las
órdenes del director del laborato-
rio y consultorio a la par.

—¿Estreptococos?— preguntó
contrariado Wade.

—Estreptococos, sí.

—¿No serán bacilos Vincents?

—Temo que no.

—El jefe dijo que parecía un
caso estreptocócico, y yo insistí en
tratarlo como Vincents.

—Será mejor que cambie de tra-
tamiento— repuso la doctora, con
la seguridad que da el convencimien-
to.

—¿Quiere decirsele usted? Si lo hago yo se pondrá furioso.

—Siga atendiendo al paciente.

Jane abandonó resuelta el gabinete y se dirigió al despacho de su director.

—Buenos días, doctor Gunther.

—Buenos días, doctora Alexandre. El doctor Wade reconoce que acertó usted con el 410.

—Estreptococos, ¿verdad?

—Estreptococos.

—¿Lo reconoció por sí solo?

—Sí; investigó otro cultivo.

—Encargue del caso a otro doctor. Debíó comprobarlo antes.

—Doctor Gunther; la infección es muy ligera y pudo haber sido Vincents.

—No lo defienda, doctora.

—Está bien. Pondré el caso en manos del doctor Meínick ahora mismo.

—De acuerdo.

Salíó de la Dirección y la doctora Alexandre ordenó a Nora, la enfermera, que dijese al doctor Meínick que se encargase del enfermo 410, al mismo tiempo que aquélla le decía que en su despacho la esperaba un paciente.

No le pareció a Jane muy agradable la visita que en su despacho le esperaba. Por simpatía que sintiese por una persona si durante las horas de trabajo iba a verla por otros menesteres, su personalidad profesional se rebelaba, y

más de una vez hubo de rogar al visitante que se retirara.

Por eso, al encontrarse, en lugar de la visita de un paciente, como se le había anunciado, con la presencia de André Cassil, un mohín de disgusto sombreó su rostro.

Cassil, en cambio, la recibió risueño y optimista como siempre, sin lograr perturbar su socarrona serenidad la hosca mirada que la doctora le lanzase.

No duró mucho, sin embargo, la agresión en los ojos de la doctora. Ganada por la sonriente arrogancia del autor, dulcificó su mirada y sus labios se abrieron en unos «buenos días» que quisieron ser afables.

—Aquí me tiene usted. He venido a ver cómo lo hace.

—¿Hacer, qué? —replicó Jane, entre sorprendida y retadora.

—El amor con un tubo de ensayo. ¿No recuerda? Usted dijo que se ponían dos personas en el...

—Señor Cassil —recriminó Jane, marcando un movimiento de impaciencia—. Estoy muy ocupada. Aquí no podemos recibir más que a enfermos.

—Es que yo estoy muy malo.

La doctora lo miró, entornando maliciosamente los ojos, como para darle a entender que entreveía claramente el ardid de que se valía para justificar la visita.

—No he pegado un ojo en toda

la noche, pensando en... lo que me dijo usted sobre el tubo.

Iba a replicar la doctora, sin duda con una reprimenda que contuviese la osadía del visitante, pero la presencia del doctor Gunther que en la puerta pedía permiso para entrar, cortó en redondo sus palabras.

Entró Gunther, y Jane hizo las presentaciones de rigor.

—El doctor Gunther, director-jefe del hospital... El señor André Cassil.

Se saludaron, aprovechando André el momento para manifestar que siempre se había sentido bien hasta la noche de antes.

—Si ayer noche estaba destrozado,

—¿Qué es lo que le pasa pues, señor Cassil?

—Sospecho que es el corazón, doctor. Si, si... me resulta muy difícil dormir.

El doctor Gunther creyó ver en la actitud de desagrado de la doctora, algo como una especie de contrariedad por haber interrumpido la conversación que le pareció sostenían Jane y André cuando él llegó, y, discreto y comprensivo, quiso retirarse.

—Ya veo; le molesta que presencie el reconocimiento de su paciente. ¿Verdad, doctora?

Ella se apresuró a tranquilizar a su director.

—De ningún modo. No faltaba más. Además que probablemente el señor Cassil preferirá volver cuando tenga más tiempo.

Pero André que a todo estaba dispuesto menos a abandonar la partida, se apresuró a desmentirla.

—¡Oh, no! Será mejor hacerlo ahora, ya que estoy aquí. ¿No lo cree así, doctor?

—Si usted lo cree así... Y hasta presenciare el reconocimiento. La doctora Alexandre es mi ayudante... Y me gusta observar a los jóvenes y ver sus métodos. A veces pueden darnos lecciones a los viejos.

—No dudo que así pueda ocurrir, tratándose del doctor Alexandre.

El doctor Gunther ordenó a la enfermera que tomase la chaqueta del señor Cassil. Este se despojó de la americana y ya en cuerpo de camisa, comenzó Jane el reconocimiento despacio y minucioso.

—¿Usted cree que no le funciona bien el corazón? —preguntó el doctor Gunther.

—Sí, doctor —contestó André.

—Yo creo que será probablemente algo de fatiga intelectual —agregó Jane—. Quizá escriba demasiado.

—Debe ser eso, sí: He visto muchas de sus obras, señor Cassil. Son muy interesantes, muy divertidas.

—Gracias, doctor.

El reconocimiento médico se desarrolló meticuloso y suave, entre alfilerazos e ironías de doctora y paciente. Tan convencido estaba él de su excelente y completa salud, como ella de la artimaña puesta en juego por el autor para contemplar por entero y a su sabor el bello continente de su médico que con la vista puesta en su reloj de pulsera, le tenía apresada en sus dedos la muñeca contando las pulsaciones.

El rostro de André rebosaba osadía y júbilo: la audacia que inspira un nascente amor que a cada momento se siente más arrullado en el alma, y el placer de tener a Jane en frente y tan cerca, sintiendo en su brazo el tibio y sedoso contacto de sus dedos.

Por eso, cuando Nora la enfermera le ordenó se quitara la corbata no anduvo remiso y se prestó de muy buen grado a la auscultación que del corazón le hiciera la doctora Alexandre. Esta expresó seguidamente su creencia de que la dolencia de su consultado era mera imaginación splamente.

—Sí, el cardio; histerismo. Es cosa muy frecuente hoy.

André asintió gustoso a las manifestaciones del director, porque daban pie a que el examen continuara y se hiciera más minucioso. Y así, al desabrocharse la camisa,

por indicación también de Nora, y sentir más próximo el contacto de la doctora, una expresión de contento se escapó espontánea de sus labios.

—Le aseguro que me siento mejor ahora.

—Calle, haga el favor —le ordenó la doctora, que se dirigió seguidamente al director—. ¿Quiere auscultarle doctor Gunther?

—No, no; siga usted.

Embarazoso y breve transcurrió el silencio, hasta que André, por romper el hielo, exclamó que sentía frío, reanudándose el diálogo entre las profesionales preguntas de Gunther, las intencionadas respuestas de Cassil y las maliciosas intervenciones de la doctora Alexandre.

—¿De veras siente usted frío?

—Me temo que sí —intervino Jane.

—¿Tan destrozado estoy?

—Diga: ¿bebe usted mucho, señor Cassil?

—No; algo de vino, doctor... Y a veces un poco de coñac.

—Apuesto a que se lo prohíbe la doctora.

—Y desde ahora. Prohibido en absoluto.

Más que advertencia de consejo tuvo aquella prohibición severidades de mandato; como si la mujer, convencida de la impresión que había causado al paciente, quisie-

ra ejercer el poderoso ascendiente de su sexo sobre aquella existencia que presentía no había de serle indiferente en el futuro.

Y aprovechándose de la autoridad que le daba su profesión, siguió inquiriendo en los pormenores de su vida hasta ordenarle que se acostara temprano y no a altas horas de la madrugada como lo venía haciendo. Hasta intentó imponerle un régimen. Así, al menos, pudo deducirse de sus palabras.

—¿No ha estado usted a régimen nunca?

André tomó pie de la pregunta de Jane para domar la conversación en su propósito.

—Nada de régimen. Siempre dije que no importa lo que uno come, sino con quién come. ¿No es cierto, doctor Gunther?

—Los filósofos dicen que lo mejor de la cena es estar bien acompañado—contestó aquél.

Cassil se encaró con Jane, con aire de triunfo.

—¿Lo ve usted?

Pero Jane ladina, como mujer avisada, esquivó la contestación, dispuesta a la vez a castigar su indirecta con el ridículo.

—Emplece a dar saltos sobre un pie. ¿Quiere?

—Ya lo creo.

Y la personalidad literaria que la noche anterior había deslum-

brado, solemne y elocuente, a su auditorio, comenzó a dar saltos funambulescos, como payaso en circo, hasta que la doctora le ordenó cesara, diciéndole:

—Estoy segura de que es principio de fatigas.

—¿Mucho trabajo?—preguntó Gunther.

—Muchas comedias—replicó Jane, con segunda intención.

La receta del «médico», como resultado del examen fué terminante.

—De momento suprima usted todo licor; no escriba tanto y duerma más. Si es necesario le haremos otro día un examen completo.

André no se avino a dar la entrevista por terminada y preguntó al instante:

—¿Y por qué no ahora?

—Se tarda en completar un diagnóstico—arguyó Gunther—; pero si el paciente está dispuesto, doctora, sería mejor hacerlo en el acto.

—Gracias, doctor.

A indicación de la enfermera, pasó André al gabinete de análisis. Se despidió el doctor Gunther y quedaron solas en el consultorio Jane Alexandre y la enfermera, señorita Nora.

Esta que se había percatado desde el primer momento de la equívoca situación que allí se des-

izaba y por ende del anhelo de André de no marcharse y del deseo de la doctora de despedir al visitante, se volvió a Jane.

—Le ha fastidiado a usted, doc-

La doctora, en deseo de revancha para hacer pagar cara al autor su intromisión, exclamó:

—Veremos quien fastidia a quien. — E imperativa ordenó retadora: —Análisis completo.

—¿Completo?

—Completo. Comenzaremos extrayéndole sangre para un análisis.

Con el bisturí en la mano, amenazadora y decidida, entró en el gabinete donde le aguardaba André.

Se oyó un ¡ay! de dolor, y a renglón seguido la voz de la doctora Alexandre:

—No sea usted niño. Deme el otro brazo.

El enfermo entrometido

A la mañana siguiente, entró la doctora Alexandre en el laboratorio. Apenas la vió Nora le mostró un espléndido ramo de flores y le entregó una tarjeta. Las flores eran de él. En la tarjeta se leía:

«De su sufrido paciente. Con eterna gratitud.»

Con actitud despectiva ordenó a Nora:

—Lléveselas a la señora aquella del 103. Nunca le envían flores. ¿Qué es esto?

—Libros.

—Sus libros.

Los dejó tan displicentemente como los había tomado.

—Quizá le haya escrito algo en ellos.

—El escribió los libros, y ya es bastante.

Al salir Jane, tropezó con André que la esperaba.

—Pero, señor Cassil: ¿qué hace usted levantado tan temprano?

—Como ayer me apuñaló usted, me pinchó y me auscultó a fondo, he venido a saber el resultado. ¿Qué tal estoy?

—Por desgracia, sano. Morirá de viejo si no le quitan antes de en medio.

Quiso escurrirse, pero André le siguió al despacho. Tenaz e imperturbable, como siempre, tomó un libro que había sobre la mesa y leyó el tejuelo.

—¡Ah!... Mi autor favorito.

Por toda respuesta, Jane se volvió a él:

—Señor Cassil. Ya no necesita volver por aquí.

—Entonces vendré a diario.

—No, no; no lo hará.

—Claro que lo hará.

—Yo no lo intentaría de ser usted.

No era que la insistencia con que Cassil acudía al hospital le desagradase en absoluto. Poco a poco, la simpatía, más bien el afecto, se iba adentrando en ella, y más de una vez en los momentos de soledad el recuerdo se iba tras el cinico hombre que había hecho vacilar la entereza de su carácter y su resolución de no apartar el pensamiento de sus deberes profesionales, a los cuales se había propuesto consagrarse totalmente. Le molestaba, empero, su osadía y posiblemente, quizá más que posiblemente, aquella forma liviana y desconcertante con que trataba de estrechar una amistad tan pintorescamente comenzada.

Quería frenarle y conducir por senderos de seriedad y armonía la relación iniciada, y para ello no omitía detalle, incluso hasta llegar al rompimiento que, aunque no deseaba su logro, creía conveniente su amenaza.

Tanto es así, que llegó un momento en que, cogiendo decidida el teléfono, llamó a Conserjería, doblemente irritada al ver el aploño y desaprensión con que sin más ni más la convidaba André a conar aquella noche.

—Oiga, Conserjería: la doctora Alexandre al habla. Tengo un paciente, el señor Cassil... ¡Ah!

¿Conoce usted al señor Cassil? Mejor. No deje que vuelva más a mi despacho. Está curado... Si... Si insiste, avise al pabellón de psiquiatría.

Tuvo suerte Jane, pues ni aun tiempo le quedó para negarse a dar las explicaciones que de su actitud parecía intentar pedirle André. Fue Nora quien lo impidió. Entró diciendo que de la sala B llamaban a la doctora.

—Muy bien. Adiós, señor Cassil. Señorita Nora: encárguese de que se vaya antes de que yo vuelva.

La vió salir y se encogió de hombros imperturbable, mirando interrogativamente a la enfermera:

—¿Tiene marido?

—Ni siquiera novio.

—¿Buen médico?

—Excelente.

—¿Y usted cree que no hay esperanzas?

—No tiene tiempo para esas cosas. Se queda por gusto de guardia cinco noches a la semana.

—¿De guardia, eh?... Bien, haré lo que pueda.

Y en efecto, no había manera de hacerle cambiar de conducta. Aparecía ante Jane cuando menos lo esperaba aquella. En sus tareas de laboratorio, en las visitas con los pacientes... Y hasta intervenía en ellos en ocasiones, ameni-

sando el momento con sus felices ocurrencias.

Intervenciones suyas, como en el caso de la niña Lucy, habían ocurrido más de una vez.

Estaba la enfermita imposible y rara. Todos los argumentos y mimos con que Nora quería obligarle a sacar la lengua para que la doctora la examinase, eran vanos aquella mañana.

Tampoco obedecía a Jane, que le recordaba que era ya demasiado mayorcita para tener esas tonudeces. Terne que terne, la niña se obstinaba en ocultar la lengua y apretaba con rabia los labios, cuando presentándose André, terció en la escena:

—¡Oh, oh!... Perdóne usted; pero su técnica es horrible, doctora Alexandre. ¿Me permite?

—Desde luego —contestó Jane, cediéndole el lugar y diciendo con béis—. El señor Cassil tiene un gran dominio sobre las mujeres. Pero me temo que Lucy sea demasiado jovencita para que sus encantos le hagan efecto, señor Cassil.

—La edad es lo de menos —replicó André, fingiendo una presunción que naturalmente no sentía, y se encaró con la niña:

—¿Te han dicho alguna vez que eres una niña muy simpática?

Lucy lo miró emboobado.

—No te lo han dicho, porque no lo eres.

Y sin más marcó André una grotesca mueca en el semblante y sacó la lengua, exclamando cómica y burlescamente ¡baaaah!

Lucy aceptó el reto indignada y devolviendo el insulto en la misma forma, abrió rápida la boca y sacó dos palmos la lengua exclamando también ¡baaaah! y dejándola colgada sobre el labio inferior todo el tiempo que André mantuvo la suya fuera.

Doctora y enfermera aprovecharon la ocasión para examinar detenidamente la lengua de la rebelde, conviniendo ambas en que estaba bastante sucia.

—¿Qué le parece? —preguntó André a la doctora con aire de triunfo.

—No está mal; mientras no se le contagien las paperas de Lucy.

—Pues podía usted haber avisado antes.

Una broma peligrosa

La tolerancia de Jane era cada día más abierta, pero no por eso se mostraba del todo satisfecho André Cassil.

Se había propuesto cenar con ella, a pesar de sus rotundas negativas, y decidido a conseguirlo

a todo trance esperaba aquella noche en el restaurante, seguro de que ella iría, aun cuando no la había citado allí, ni era sitio aquel que acostumbrase frecuentar la doctora.

Sentado junto a una mesa, miraba André intranquilo la calle a través de la vidriera, cuando se oyó una bocina; y a poco se detuvo una camioneta ante la puerta. Era una ambulancia de sanidad. Descendió el interno y, tras él, la doctora Jane Alexandre.

—Aquí es—dijo el interno, indicando la puerta del establecimiento—. ¿Quiere usted que la acompañe?

—No, gracias. Lo llamaré si lo necesito.

Sin detenerse, entró la doctora Alexandre en el establecimiento y preguntó si alguien había pedido una ambulancia. Su sorpresa fué grande cuando por toda respuesta vió ante sí la retazona sonrisa de André Cassil que, con su habitual buen humor le dió las buenas noches. No supo Jane si enfadarse de veras o tomarlo a broma.

—¿Gasta usted a menudo estas bromas, señor Cassil?

—No; pero el doctor Gunther me lo prescribió. Dijo que para cenar, hay que estar bien acompañado.

—Debería usted avergonzarse de sí mismo.

—Verá; en cierto modo lo estoy; pero usted es la culpable. Lo he intentado todo: entradas de teatro... de la ópera, telegramas de dos páginas, perfumes...

—¿No sabe usted que es un delito grave llamar en falso a una ambulancia?

—Yo tenía que verla a usted.

—Ahora mismo le pongo en manos de la policía.

Trató Jane de marchar como intentando cumplir la amenaza. André le cerró el paso obstinadamente.

—La verdad, lo siento. Jamás creí que se enfadara tanto.

Y persuasivo, insinuante, casi con la humildad de una súplica, murmuró:

—Sólo le pido que me conceda una hora de su vida. Probablemente usted vivirá otras 350.000 horas más—agregó humorístico—. Lo acabo de calcular de una manera científica. Y todo lo que yo le pido es tan sólo una horita.

En una mesa próxima, se hallaban sentados dos clientes. Fornidos ambos y de poco recomendable aspecto, seguran, con curiosidad manifiesta, la escena que entre doctora y autor se desarrollaba. Sin duda vieron en la actitud de André contumaz insolencia o quizá se dejaron ganar por la belleza y prestancia de la joven. Lo cierto es que se creyeron en el caso de

romper una lanza en defensa de la desconocida.

—¿Por qué no deja usted de molestar a esa señorita?

—¿Y por qué se mete usted dónde no le llaman?

La interrogante respuesta de Cassil provocó las iras de los dos intrusos que la emprendieron a puñetazos con el autor que quedó tundido, deshecho el traje y en situación nada gallarda ante su asediada compañera que, entre cuchufletas y condolencias, le aconsejaba, al terminar la pelea, que fuese a un gimnasio y aprendiese a boxear.

Del dancing al hospital

Indudablemente lo que empezó en peligrosa broma y terminó en inesperada y ruda agresión, unió a los dos en lazos de simpatía y mutuo apego. No solamente aceptó la cena que con tanta insistencia él le ofreciera, sino que fueron varias las noches que salieron juntos, terminando alguna vez las veladas en el dorado folgerio del «dancing».

Era el concurrido por ellos uno de los más elegantes de New York. La moda había puesto en él todas las delicadezas del buen gusto a

tono con la concurrencia que se nutría de gente del gran mundo y artistas de merecida nombradía.

Ajenos a todo y atentos a ellos solos, insistiendo él en que la vida, aparte de sus deberes y perentoriedades, tiene también dulzuras y alegrías, más aún cuando un amor la culmina, departían ambos en animada charla y contrapuesta opinión.

—Aunque a usted no le guste esto, parece que no lo pasa mal. Adoro el baile—afirmó Jane.

—¿Y eso es todo?—preguntó un tanto desilusionado Cassil.

—Sí... Antes lo hacía a diario.

—¿En serio?... Buena a algo frívolo; pero de todos modos prueba que tenía yo razón.

—No prueba nada—se apresuró a replicar la joven—. Hemos salido ya cinco o seis noches; hemos cenado; hemos ballado y no se ha creado aún ninguna nube de color de rosa.

—Es demasiado pronto. Y hablando de nubes... Tengo una casita en el campo que me gustaría que usted visitara. Es una antigua choza de casa, situada en medio de un bosque.

—¿Es allí donde escribe sus obras?

—Es aquello demasiado bonito para trabajar. La casa parece brotar de entre los árboles. Hay allí una paz virgiliana.

—Lo indicado entonces para escribir sus obras, ¿no?

—Hay entre una cascada que se oye desde casa.

Un tanto celosa y acompañada del empresario Hastings, Sylvia observaba sin disimulo a la pareja.

—Está otra vez con la doctora...

Joan, que compartía con ellos la mesa, preguntó a Hastings:

—¿Acaso escribe alguna obra de ambiente médico?

—No está escribiendo ninguna, querida, sino representándola.

El coloquio de Jane y André fue cortado por la presencia del botones que anunció que del hospital llamaban a la doctora Alexandre. Esta, por el aparato que sobre la misma mesa había, comunicó con el hospital. El caso era grave, puesto que contestó que estaría en la clínica dentro de diez minutos, levantándose precipitadamente de la silla, después de ordenar que lo tuvieran todo preparado para cuando ella llegase.

—Lo siento mucho. Debo marcharme. Es urgente. — Y contrariada visiblemente, añadió: —Siempre me llaman cuando más divertida estoy.

—Nada de eso. Usted se queda aquí. Durará horas.

La pasión de André iba creciendo tan honda y vertiginosamente, que era sufrir vivir ausente

de ella; y a la puerta del hospital marchó dispuesto a esperar allí horas y horas: lo que fuese necesario.

Al salir Jane, ya de madrugada y encontrarse con él, una viva alegría iluminó su rostro.

—¿Cómo adivinó que deseaba encontrarle aquí?

—Tomé que estuviera usted cansada.

—Y estoy muy cansada; pero nunca me sentí tan contenta en toda mi vida. No pida que se lo explique. Es la mayor satisfacción de un médico. Creían que la madre se moría. ¡Y viven los dos! madre e hijo; como yo pronostiqué.

—Jamás la vi tan satisfecha.

—Porque jamás sentí lo que ahora siento.

Y clavó sus ojos en los de él con dulzura infinita, con embeleso. Después, queriendo atenuar aquella espontaneidad que se manifestaba en la llama de sus ojos, aclaró:

—El doctor Gunther estaba allí. Me dijo que los había infundido nueva vida... Que fuera a casa y no volviese en dos semanas. Fue un momento de inmensa satisfacción, de interno júbilo que se desbordaba en el corazón anhelando comunicarme con alguien... Y callé; oculté aquel hálito de felicidad, porque no quería comuni-

carlo a nadie más que a usted...
¡Y usted esperaba aquí!

—Yo siempre la esperaré.

Y fué entusiasmo, fué arroba-
miento... Fué la voz inefable del
amor que fundía en una dos almas
que hace días se buscaban sin en-
contrarse por falta de ese pequeño
incidente que, aunque al parecer
sin importancia, decide a veces
una vida para siempre.

Luna de miel interrumpida

Veloz el auto, avanzaba por la
carretera consumiendo kilómetros
y dejando atrás, entre polvareda
y bocinazos, lugares y aldeas.
Coche de dos plazas, eran las ne-
cesariamente justas para sus ocu-
pantes. Conducía André Cassil; y
a su derecha, radiante y esplén-
dida cual nunca, se sentaba Jane
Alexandre. Se habían casado aque-
lla mañana, y a toda marcha se
dirigían al chozo que, en nido de
amores, iba a quedar convertido
en breve.

Gárrula y maravillada Jane no
se avenía con aquella felicidad que
jamás se hubiera explicado.

—Me siento asombrada de ser
tan feliz. Permite que te lo diga.
Estaba decidida a no hacerlo ja-
más.

—Celebro que hayas cambiado
de opinión.

—¿Verdad que me comporto
como una tonta?

—No, eres una verdadera mara-
villa. Allí no nos molestará nadie.

—¿Nadie sabe dónde estamos,
verdad?

—Sólo lo saben los porteros de
la finca. Y ya verás; son una pa-
reja de buenos chicos.

Lo de chicos debió decirlo An-
dré en tono de broma, pues tanto
Martha como Timothy, que eran
los guardianes de la finca, se ha-
llaban ya en edad más que ma-
dura y atareados en aquellos
momentos en los preparativos para
recibir dignamente a su señor que
había anunciado la llegada en
compañía de su esposa.

—¿Crees que debo preparar dos
habitaciones, Timothy?

—No, Martha. Dijo por teléfono
que venía aquí con su esposa. Y
eso significa unión hasta la muer-
te. No le enmiendes la plana a
la Providencia.

—Espero que sea verdad. Ya es
hora de que siente la cabeza.

—¡Ah, quién sabe!... Ahora que
nos divertiremos. ¿Recuerdas
cuando se presentaron tres a la
vez?

—A los hombres debería caer-
seos la cara de vergüenza.

—Tuvimos que hacer muchas
veces la vista gorda. Un día fué

el colmo. ¿Te acuerdas? La única forma de sacarle de casa, fué decirle que tenía que ir a apagar un incendio. Se puso mi casco y se llevó mi hacha.

—¿Con cuál de aquéllas se habrá casado?

—Por mi gusto, la señorita Benson.

Oír esto Martha y encenderse en celos, fué todo uno.

—Ya te vi que andabas muy solícito tras ella.

—¿Celos, Martha?

—¿Celos de tí?

Y el bueno de Timothy se contoneaba jactándose en su rechonchez al notar en los celos de su costilla aquel convencimiento suyo de que aún le sobraban atractivos para provocar sospechas y levantar de cascos no sólo a Nancy Benson, sino a más de cuatro jovencitas del lugar.

Dios sabe hasta dónde hubieran llegado las imprecaciones de Martha y la presunción de Timothy, si la llegada de la pareja se hubiera hecho esperar más.

Corrió Martha a sus quehaceres, y recibió a los novios Timothy. Entró André, llevando en brazos a su esposa.

—¡Timothy! —gritó André.

—¿Cómo está, señor Cassil?... Le felicito, señor Cassil. Y a usted también, señorita,

—Gracias, Timothy. Es maravillosa, pero pesa un poquito.

—¡Hola, Timothy!... —exclamó Jane ya puesta en pie, desprendida de los brazos de André.

—Ha sido una sorpresa; una grata sorpresa. Se lo aseguro. No hay duda que ha tenido usted buen gusto, señor.

—Gracias, Timothy. Y ahora, ¿tienes buen vino?

—Excelente señor. Lo sirvo ahora mismo.

Quedaron solos. Jane escudriñaba, encantada, toda la casa.

—¿Qué casa tan bonita, André?

—¡Y qué esposa tan linda la va a ocupar!... ¡Mi mujer!... Me suena a algo nuevo.

—También resulta para mí nuevo. ¡Mi marido!

Mientras tanto en la cocina, la curiosidad de Martha se debatía en impacencias.

—¿Quién es, quién es?

—No es ninguna de las que conocemos, pero no está mal.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es algo pequeñita, pero no domastado. Da la mano como un hombre, y te mira con fuerza a los ojos cuando te habla. Carácter simpático.

Martha no pudo resistir más. Tomó el la botella; pero conservó ella los vasos.

—Será mejor que te ayude a llevar los vasos.

—¡Mira qué eres entrometida!...

Volvió Timothy a la habitación, llamando a su mujer:

—Martha, tráeme dos vasos.

—Ya voy Timothy.

—Es mi señora — presentó Timothy.

—Martha, aquí mi mujer.

—Tanto gusto, Martha — saludó Jane.

—No pudo esperar la hora de cenar para conocerla. Cuando recibimos el recado por teléfono de que ustedes llegaban, puso unos ojos como platos.

—¿Le sorprendió, Martha?

—En mi opinión todo el mundo se casa tarde o temprano. No hay por qué sorprenderse de ello.

—La sorpresa fué para nosotros — dijo Jane, con el mayor optimismo.

—¿Para cuándo desea la cena, señora Cassil?

Distraída Jane ni contestó si quiera.

—Por favor, señora Cassil; Martha desea saber a qué hora ha de servirnos la cena.

Jane no se dió por aludida.

—Señora Cassil — repitió André, llamándole la atención.

—¿Pero es a mí? — preguntó, sorprendida, Jane.

No se había dado cuenta de que ya era señora Cassil, y la ocurrencia la celebraron entre todos.

—Vamos, señora Cassil; te en-

señaré nuestras cascadas. Se ven desde el porche.

Timothy los vió marcharse, envuelto casi de la dicha y más que de la dicha, de la juventud de sus años. Surgieron luminosos en su memoria tiempos pretéritos. Miró a su cónyuge con punzantes ojos y la rozó jugueteando, indicando a la pareja que se alejaba.

Martha, almbarrada y remilgosa, se estremeció en una prometedora sonrisa, y tintado de rubor el rostro mostró muy quedo y carifiosa:

—¡Tonto!

La cascada se derrumbaba en la vertiente entre encajes de espuma y ruido de tormenta, repartiéndose entre guijarros y peñascales. La tarde en crepúsculo, se dormía al amor de una luna de otoño que ponía reflejos de plata en las aguas del torrente. El panorama, desde el porche, era romántico y salvaje a la vez, y la vista no se cansaba de contemplar aquel espectáculo de maravilla, en el que para nada había entrado la mano del hombre, siempre artificiosa y deprimida.

Y allí permanecieron largo rato Jane y André, esperando la llamada de Timothy para la cena.

Se movía canturreando Timothy con los preparativos de la mesa. Se afanaba Martha en dar los últimos toques al condumio.

El timbre del teléfono sonó es-

tridente, cortando la canción de Timothy que acudió presuroso, y descoigó.

—Sí, sí; es la finca del señor Cassil... ¿Qué?... No, no, lo lamento; el señor Cassil no está aquí.

La que llamaba era Nancy Benson que, aun aceptando la ausencia de André, anunciaba que iba a pasar la noche en la finca.

La cara de Timothy se alargó en convulsiones de espanto.

—¿Cómo?... ¿Qué va usted a venir?... ¿Dónde está usted?

—En la estación — contestó Nancy —. Uno de los factores me acompañará hasta la finca.

—Yo no lo haría de ser usted. No lo haría, si estuviera en su lugar... Ya le he dicho que él no está aquí... Y por si fuera poco... Sabe usted que él está...

La perplejidad y el susto de Timothy acrecía por momentos, y se agudizaba con la presencia de Jane que llegaba, acompañada de André.

—¿Quién es, Timothy? — preguntó Cassil.

—Le llaman, señor. Es cierta persona...

—Dile que no quiero que me molesten.

—No puedo decirle eso, señor. Le molestaría mucho... Es el antiguo jefe.

André se sorprendió.

—¿A qué jefe te refieres?

Azorado, titubeó Timothy, buscando una salida.

—Al antiguo jefe de bomberos, Benson.

—¿Quién es ese jefe? No comprendo...

El apellido Benson y el azoramiento del criado le hicieron adivinar que aquel jefe era Nancy.

—¡Oh! El jefe de bomberos, Benson... Ya.

—Sí, señor; el jefe de bomberos. Parece excitado y dice que está dispuesto a venir aquí.

—¿Para qué querrá verte?

—Quizá desea visitarnos. Suele hacerlo de vez en cuando y charlamos de incendios. Aquí todos pertenecemos al Cuerpo de Bomberos.

—¿Sí? — interrogó Jane, sorprendida y regocijada al mismo tiempo —. ¿Qué divertido!

Socarrón y enigmático, aclaró Timothy:

—A veces lo es, señora; pero a veces no lo es.

—¿Habrá fuego, no?

—Algo echa humo, sí, señora. Echa bastante humo.

André vociferaba en el aparato.

—Diga... Sí... ¿Cómo estás, jefe?

—Hola «Peppy»... — contestaba Nancy —. ¿Qué pasa ahí arriba hoy? Acabo de llegar de Nueva York. Terminé en Chicago hace dos días. Peppy, tengo muchas

cosas que contarte. Ven a recogerme.

—¡Oh!, no, no... Quisiera ir, jefe; pero estoy en la luna de miel y... Sí, acabo de casarme... ¿Eh?... No, nadie que tú conozcas.

Nancy no quería creer lo que oía, hasta el punto de decirle que mientras no viese a la novia y con ella la partida de matrimonio, no tomaría en serio la afirmación de André. Le previno, además, que iba a ir a la finca para cerciorarse.

El apuro de Cassi se leía en sus ojos, se escuchaba en sus palabras; se palpaba en sus ademanes. Sus respuestas, unas veces agresivas y otras dulces, salían de su boca entrecortadas e indecisas. La llamaba jefe... encanto. Todo, menos consentir que ella viniera a romper la armonía de aquella noche que podía convertirse en catástrofe.

Porque allí estaba Jane, cuyo temperamento no conocía a fondo para colegir cómo tomaría la intrusión de aquella mujer, que él sabía atrevida y despreocupada.

Vió André que no tenía más remedio que ir a la estación para convencer a Nancy y se decidió a correr en su busca.

—Bueno; tengo que marcharme.

—¿Hay fuego en la estación?— preguntó Timothy, ayudando a su dueño.

—Un fuego terrible. Lo siento, querida. Deberes ineludibles, ¿comprendes?

—Sí, sí; ve corriendo.

—Si ardiera nuestra casa todos los vecinos nos ayudarían también. Hay que hacer lo mismo con ellos.

—Si no lo hiciéramos—secundó el criado—tampoco lo harían ellos con nosotros si algún día hubiese fuego en casa.

Se enjaretó un enorme casco de bombero que le alcanzó Timothy y se dispuso a marchar, satisfecho de haber encontrado una excusa que alejaba el conflicto. Pero la satisfacción se nubló un momento al ver a Jane decidida a acompañarle.

Hubo que disuadirla alegando que estaba prohibida la intervención de mujeres en tales accidentes. Se resignó Jane a quedar esperándole y marchó Cassi a escape, recomendando a su esposa que estuviese tranquila, cuando ésta le aconsejaba que fuese prudente y no cometiese locuras; y prometiendo a Timothy que volvería pronto al decirle éste con sorna:

—Procure dominar la cosa cuando antes... Y no se quemé usted.

. . .

En la estación, paseando a zancadas, nerviosa y febril de despe-

cho, esperaba Nancy, entregada a crueles pensamientos. Lo que André había hecho con ella no tenía nombre. Había afirmado que no pensaba casarse; le había distinguido siempre—ahora veía qué con apariencia—con la más cálida amistad, a la que ella correspondiera con creces, depositando en él su confianza y su fe; y de pronto todo aquel pasado se derrumbaba, y lo que para ella tenía más importancia, sus anhelos de artista. Alejado de ella el autor mimado por los públicos y requerido por las empresas, porque aquella noche podía ser de risa y rompimiento, debía perder toda esperanza de que en las comedias de André Cassil tuviera ya papel destacado y menos aún ser la figura central en la interpretación de sus obras.

Lo recibió, centelleantes los ojos, enristradas las uñas. Ni siquiera tuvo un suspiro de lástima para él, por aquel artefacto de apaga fuegos que en la cabeza ostentaba, como una caricatura.

—¿Con qué es verdad?... ¿Qué has hecho? ¿Por qué no me lo dijiste, por qué?

—Vámonos, déjate de escenas.

La desesperación de Nancy Benson no admitía ni mitiga ni tregua.

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Qué dirán ahora mis amigos?

—Yo nunca hablé de casarme contigo.

—Hay cosas de las que no es preciso hablar... Cosas que se sobreentienden.

Y rompió en llanto la muchacha, sin lograr por eso conmover a André.

—Llora cuanto quieras; pero recuerda esto: te he dirigido en cinco obras y conozco tus trucos. Si insistes, contemplaré aquí sentado tu actuación hasta que calgas desmayada, sin que consigas por ello conmoverme.

—¿Cómo te atreves a hacer esto conmigo, después de cuatro años?...

Y seguía el drama en la sala de espera de la estación, ensordecido por el silbido del tren que llegaba, mientras en la paz de la finca continuaba la farsa dirigida por Timothy con la complicidad de Martha.

Salió ésta para aconsejar a la señora Cassil que se acostara, pero la doctora ni la oyó abstráida como estaba en la ventana, tratando de divisar las llamas del incendio.

—Está tratando de ver las llamas—le avisó Timothy.

—¡Llamas!... Debería caérsele la cara de vergüenza. Esta noche no es noche para que el señor se vaya a apagar uno de sus fuegos.

No veía Jane indicios de fuego por ninguna parte, y acuciada por

la curiosidad que esta vez no era malsana, sino justificada y consecuencia de la situación, se acercó al teléfono y preguntó a la telefonista si el incendio era grande. Esta se sorprendió, pues no tenía noticia alguna del siniestro, y como Jane insistiera que había fuego en la estación, conectó con ella y se puso al habla el factor de turno.

—Diga— contestó el empleado.
—¿Qué?... ¿Fuego? No parece que lo haya. ¿Quién?... Sí, está aquí, hablando con una señorita. Le diré que vaya en seguida... ¡Ah!, ¿no quiere? Está bien no le diré nada.

Y nada dijo el agente, sino que siguió observando a la contrincante pareja que continuaba sin entenderse.

—Hay un tren ahora mismo. ¿Te irás en él o no?

—Déjame pasar la noche en tu casa. Dormiré en el sofá del salón, sin molestar a nadie. Te lo prometo. Y por la mañana saldré sin ser vista. No te preocupes por mí, André; se me pasará en cuanto encuentre colocación. A nueva obra, nuevas emociones.

—Si tuvieras esa obra, ¿te absorbería lo suficiente para hacerte olvidar todo lo demás?

—Un papel que me diera un gran éxito... que fuese dramático.

—¿Te gustaría el de Mary en mi nueva obra?

—Siempre fué mi sueño estreñarla.

—Tuyo es. Habla con Hastings mañana.

La faz de Nancy brilló de gozo. En el paroxismo de su entusiasmo abrazaba al autor y se deshacía en gratitudes. Relegada al olvido la traición que antes reprochaba a André, artista y mujer, de consuno, saboreaban el próximo triunfo: la primera, viéndose ya en situación, aclamada por el público en mutas y desenfades; la segunda, contemplándose maravillosamente vestida ante los ojos envidiosos de las demás mujeres. Ella misma lo confesó:

—He ideado un vestido precioso: terciopelo azul con ribetes de galón dorado.

Amigos ya y concordes ambos, ante la llamada imperativa del tren, se acercaron a la taquilla y pidió André un billete de ida a Nueva York.

—¡Oh, Pappy!, eres un cielo. Ya te veré en los ensayos. Que seas de veras muy feliz.

Partió el tren con rumbo a Nueva York, y André Cassil, directo a casa. Lo recibió Timothy en la puerta con el anuncio de que todavía lo esperaba Jane. Quiso correr al encuentro de su mujer; pero el criado, precavido y cauto, le hizo ver que su aspecto no era de haber apagado un fuego. Y con

una regadera, lo roció de agua, dejándole empapado.

Chorreado casi, apareció ante su esposa, sonriente y tranquilo. Ella también mostróse afable, aunque misteriosa e intencionada. Según él, el fuego había sido terrible y costado gran esfuerzo dominarlo.

—Por fin logramos apagarlo.

—Hasta el último rescaldo, ¿verdad?

—Sólo quedaron cenizas.

—Vi las llamas desde la ventana de arriba.

La estupefacción de André le dejó sin aliento.

—¿Cómo? ¿Que viste las llamas?...

Paróse en seco. Vió que su mujer no se tragaba el anzuelo y advinó además que estaba Jane segura de que no había habido tal incendio. Su turbación no pasó inadvertida para la doctora, que llevó adelante la broma.

—¿Quieres beber algo? Debes estar muy cansado.

—Pero si me encuentro bien...

—Tienes la frente ardiendo. Debiste acercarte demasiado a las llamas.

Con un carácter tan firme y equánimo como el de la doctora Jane Alexandro, la farsa no podía hacerse duradera. Su formación, basada en realidades y concreciones científicas, no se avenía al di-

simulo ni se resignaba al equívoco. Dio un giro, pues, al diálogo y afrontó el asunto clara y terminantemente.

—Nunca debiste estar seguro de que me había creído la historietita del incendio. Escucha, cielo: no tenías que haber armado todo ese lío. ¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Querías ahorrarme celos?

—Sí, la verdad. Fue algo de eso.

—Pero si yo no soy celosa.

—Pues muchas mujeres lo son.

—Es porque carecen de comprensión. Los celos son un fenómeno muy sencillo.

Y destapándose el «galeno» propugnó:

—Fisiológicamente no son más que un exceso de adrenalina, inculado en la sangre por las glándulas suprarrenales. Naturalmente, por medio de un gatillo nervioso.

Más bien tomándolo a chacota, André arguyó el índice derecho, lo movió como quien aprieta el gatillo de un arma, y exclamó, con gracejo:

—¡Pulg!

—Exacto—replicó Jane, insistiendo en su aseveración—. Y que hace funcionar dichas glándulas. Los celos son reflejo de los hombres de las cavernas que deben rechazar los cerebros civilizados.

—¿Crees de veras todo eso?

—Desde luego. No tengo más re-

medio. Si alguna vez estuviese celosa, te autorizo a que cojas algo y me des una azolaina para hacerme entrar en vereda.

—Sería divertido.

—Pero será difícil que llegues a darte cuenta de mis celos. Puede que resulte una mala esposa, pero jamás te haré víctima de reacciones violentas.

Más se hubiera prolongado la conversación, pues ni ella ni él tenían ganas de salir a dar un paseo. La apresurada llegada de Timothy que acudía al tintineo del teléfono, los distrajo.

Llamaban de Nueva York y preguntaban por la doctora Alexandre, que el criado negaba que estuviera allí; pues en casa del señor Cassil todos gozaban de buena salud y por ello ni había en ella ningún doctor ni hacía falta tampoco.

Con gran sorpresa se enteró Timothy que el doctor Alexandre era la propia esposa de su dueño, según ella misma le manifestó, quitándole el auricular de las manos.

Hablaba al otro lado del teléfono el doctor Gunther y le anunciaba que se había herido, preguntándole si podía volver al hospital a encargarse de sus enfermos.

No hay que decir que Jane, fiel

cumplidora de sus deberes profesionales y en mayor estima las exigencias de su carrera que las atenciones de familia, respondió incontinenti que se ponía en camino inmediatamente sin consultar para nada el parecer de su marido que la escuchaba atónito y contrariado, proviendo y lamentando por anticipado el contra-tiempo.

De nada sirvieron las protestas de André. Estaban en la noche de sus bodas y era un disparate volver al hospital. Por lo menos debía aguardar a la mañana siguiente. Ella ni lo oía. Atenta sólo a su regreso, se lamentaba de que todavía estaba sin preparar y se movía ultimándolo todo, repitiendo y repitiendo:

—Tenemos que irnos y de prisa.

No hubo más remedio que alistar el coche y decidirse al viaje, entre las preguntas de Timothy.

—¿De veras es médico?

—Sí.

La sequedad de las respuestas de André denotaban su mal humor.

—¿Y tiene que visitar toda clase de enfermos?

—Sí.

—Ha sido una suerte que no se acostaran. Hubiera sido horrible tenerla que despertar una vez dormida...

Dos moradas para un matrimonio

Quedó Jane en el hospital, y André regresó a casa. Entró en ella cariacontecido y mohino, desconcertado por la idiosincrasia de aquella mujer. No la comprendía. O no tenía nervios o no sentía para él afecto alguno. Y era él, el hombre que había dominado siempre a las mujeres, quien se allanaba sumiso y obediente a las decisiones de su despotismo escudado en el cumplimiento de un deber.

Ni se atrevía a formular juicio ni le convenía la indiferencia con que había arogado aquella treta suya para salir al alcance de Nancy. Ni explicaciones le había pedido. A la tranquilidad con que lo recibió al volver de la estación, segura de que le había mentido, hubiera preferido la agresión y el enojo. Los celos son origen de trastornos y disgustos en el matrimonio, pero también confirman que entre dos seres que se unen, hay algo más que acercamiento personal y conveniencia. Los celos pueden ser la exaltación del amor que teme perder lo que más hondamente quiere.

Dueño de sí mismo, sin embargo, logró dominarse y apareció sereno y tranquilo ante Leary, el

criado que le mostraba su extrañeza al verlo regresar tan pronto, y se excusaba de no tener nada preparado.

—De haber sabido que los señores volvían esta noche...

—No se apure, Leary. Todo está perfectamente. Avísame cuando llegue la señora. Entretanto me vestiré.

—¿A qué hora desean la cena, señor?

—No lo sé. Ya llamaremos.

—Diré al cocinero que la tenga preparada.

—Encárguele que se esmere.

—Descuide el señor. Si hubiéramos sabido que volvían, habríamos preparado...

André pasó al tocador y comenzó a afeitarse.

Aquella noche el teléfono estaba imposible. Repliqueaba por todas partes y siempre para anunciar desagradables nuevas.

No tardó mucho en sonar en casa del autor. Respondió Leary y habló Jane Alexandre, que preguntaba por su esposo.

Fué a avisar a su señor el criado y entre sirviente y dueño se entabló un diálogo en el que el equívoco imperó por unos momentos. Tan incomprensible era para Cassil lo que se le decía:

—La señora Cassil, señor, está en casa.

—Dígale que voy en seguida.



— Le aseguro que me encuentre mejor.
— Calle, haga el favor — ordenó la doctora.



Un fuego terrible. Lo siento, querida. Deberes ineludibles. ¿Comprendes?



Tenemos que irnos de prisa. Me llaman del Hospital.



El señor Cassi es mi marido.



Cassil cogió el micrófono y ante la mirada interrogativa de todos exclamó:
¡Soy su marido!



No es la publicidad lo que me preocupa.



- No, espere. Quiero hablar con usted.
- Debo irme antes de que llegue a meterme en los asuntos privados de los inquilinos



- Esperando a la única mujer que he querido en mi vida y que querré siempre.
- ¡Oh, querido!

—Es que está en el teléfono, señor.

—Muy bien. Dígaselo cuando termine.

—Pero si no está aquí, señor.

André separó asombrado la «Gillette» de la cara, y pidió aclaraciones.

—¿Pero no ha dicho usted que estaba en casa?

—Fué lo que la señora me dijo.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Será mejor que hable usted con la señora.

Saló corriendo André, a medio afeitarse, y comunicó con Jane.

—¡Hola!... ¿Dónde estás querida?... ¿En casa? Pues si yo estoy en ella.

Y en efecto, no mentía Jane; en su casa estaba. Había alquilado un piso en el mismo edificio y desde allí hablaba.

—Tú estás en casa—decía la doctora—y yo también lo estoy... No, en el piso veintidós... Claro, en el mismo edificio. He alquilado un piso precioso... Querido, no digas eso. Pienso que es lo mejor para que un matrimonio sea perfecto.

La respuesta de Jane le pareció a Cassil bastante más que extravagancia, y resuelto a poner en claro sus dudas, salió corriendo de la estancia y se precipitó en el ascensor.

Gitas, el dependiente del ele-

vador, se deshacía en muecas y silenciosos aspavientos al contemplar dentro de la cabina la cara del inquilino, con un lado enjabonado y el otro afeitado.

Embutido en el uniforme, se escapaba del cuello de la engalanada guerrera, el rostro del fámulo, largo, macilento y rígido, en el que sobresalía una nariz acartonada y recta. Sus ojos miraban con la socarrona filosofía del dependiente de hotel que, acostumbrado a las peculiaridades y hasta excentricidades de los huéspedes, los observa obstinadamente con ese encono que se humilla y rastrea, mientras aborrece en su interior al que halaga y adula en espera de la propina.

Solapadamente, aprovechando los intervalos en que André desviaba la vista, clavaba él la suya en el rostro del inquilino, marcando en sus labios un grotesco mohín de callada burla. Cuando Cassil le miraba, volvía rápido sus ojos al cuadro de pulsadores, estirado y grave, sin dejar por eso de mirar de soslayo al inquilino.

Más de una vez le sorprendió Cassil que, al fin, le dijo con retadora lengua:

—¿Qué mira usted?

—¿Yo?... Nada... Que un vecino se meta en el ascensor para afei-

Impávido el dependiente y con seriedad de muñeco, contestó:

tarse, me tiene sin cuidado. Mi deber no es saber lo que hacen los inquilinos, sino subirlos y bajarlos.

Y al llegar al rellano, abrió la puerta, y como autómatas que repite calcada frase, anunció:

—El veintidós, señor.

Saló Jane a su encuentro, cuando él trasponía la puerta del departamento de la doctora que, satisfecha en sumo grado, le cantaba las excelencias y buen gusto de su morada.

—Quise tenerlo todo arreglado antes de que lo vieras. ¿Te gusta?

Cassil ni quiso ni pudo disimular su contrariedad y no anduvo remiso en manifestarle que nada de lo que había allí le gustaba, con gran extrañeza de su esposa que trataba de convencerle y afirmaba que había empleado las horas libres que tenía en poner aquel piso precioso y confortable.

—Pero, ¿piensas vivir aquí?

—Naturalmente.

—Está bien: viviremos aquí si tal es tu deseo.

—¡Oh, no!... Eso estropearía mis planes.

El asombro del esposo iba «in crescendo».

—¿De veras? Acabemos. ¿Pienzas vivir conmigo en un piso o no?

—No.

—Está bien.

Se volvió enojado y abandonó la estancia camino del ascensor sin atender a la voz de su mujer que, también nerviosa, le seguía queriendo detenerle; y con él se metió en el ascensor.

En seguida vió Guisa que había trifulea en la pareja. Su entrada en la cabina fué peripatética; ella, quejándose que no la dejara explicar las ventajas de su determinación; él, diciéndole que las adivinaba sin que se las explicase. Cerró la puerta el ordenanza y preguntó impertérrito:

—¿Descienden?

Autoritario y tajante, ordenó Cassil:

—Diez y siete.

—No te portas bien — se lamentaba Jane.

—Diez y siete — repitió André, rotundo.

—Al menos deberías atender a razones.

Apretó Guiss el botón, detúvose el aparato y, como un eco de André, repitió aquél:

—Diez y siete.

Salieron como habían penetrado: uno detrás de otro y con la desavenencia pintada en rostro y ademanes. Guis asomó la cabeza entre las correderas, los miró con faz gesticulante, se incrustó en el ascensor y continuó subiendo y bajando.

Iracundo preguntó André, co-

rrada tras ellos la puerta de la habitación:

—¿Qué tiene de malo este friso?

—Nada.

—Es grande, me gusta y es mi hogar. Si no te gusta, alquilaré otro.

—Pero si no se trata de eso, querido. Sé razonable.

—Precisamente por eso.

—Es conveniente.

—No hay ninguna razón para que yo viva en un piso y mi esposa en otro.

—Hay varias razones.

—No me interesan.

—Muy bien. Si no me quieres escuchar, iré arriba a vestirme.

Uniendo la palabra a la acción, se encaminó Jane al rellano, sin atender a André que, siguiéndola, preguntaba:

—¿Desde cuándo los pájaros construyen dos nidos?

Esta vez Guiss notó que la pareja llevaba orden distinta. Entró ella primero en el ascensor; después él, y fué la dama y no el caballero la que ordenó:

—Veintidós.

Subían los tres y aumentaba en los dos el desacuerdo.

—No veo la necesidad de hacer tonterías—protestaba André.

—No discutas aquí, por favor.

—Nunca lo comprenderá.

Tan embebidos estaban en su querella, que fueron a salir antes

de tiempo. La imperturbable voz de Guiss los detuvo:

—Este es el veinte.

—Bastante desgracia es que tengas que ir al hospital.

—¡Por favor!

No sonó muy bien en los oídos de Guiss lo del hospital y hubiera querido continuar la ascensión para enterarse del todo; pero su deber le obligó a avisar con la sequedad de costumbre:

—Veintidós.

Ninguno de los dos cónyuges se daba a partido. La discrepancia se prolongaba sin que lograra Jane convencer a su esposo.

—Querido, no quisiera verte enfadado.

—No lo estoy. Lo que ocurre es que no me gusta que seas tan caprichosa.

—Pero si no son caprichos... Por favor no te pongas así por una decisión que es necesaria y lógica. ¿Quieres escucharme de una vez?

—Está bien. Di.

—Cuando nos casamos, tú sabías que era doctora y que no abandonaría mi profesión.

—Sí; pero no que tuviera que citarte de antemano para poder estar contigo.

—¡Por favor, déjame concluir!

—Bien; sigue.

—Yo tengo que estar en el hospital a todas horas. A veces vuelvo

tan cansada que no quiero ver a nadie. Otras, me llaman a las cuatro de la madrugada. Y otras trabajo de noche y duermo de día. ¿Tú crees que yo puedo consentir que tú seas víctima de tal esclavitud?

El esposo se avenía a todo con tal de vivir al lado de su mujer, porque entendía que cuando un hombre se casa es porque quiere vivir con su mujer, sin que le convenciera la seguridad que ella le daba de permanecer juntos todo el tiempo que estuviera libre.

La idea de Jane le parecía un disparate que ni científica ni químicamente como ella quería explicar todas sus extrañas definiciones del amor, tenían justificación posible. ¡Ah, no! El no la secundaría en el extravagante concepto que ella tenía del matrimonio.

—Porque tu idea del cariño—le decía él—como reacción de laboratorio lo podrá resolver todo, menos las relaciones humanas.

No quiso ella entrar en el terreno de las disquisiciones a que le daba pie la contestación del esposo. ¿Para qué? Profano como era en la materia no había de entenderla. Se limitó a razonar:

—André, escucha. Yo creo que lo más importante para nuestra unión es que dure.

—Y yo creo que lo más importante para nuestra unión es que empiece. Y no empezará hasta que vengas a casa... Y por casa se entiende la del marido. Lo dice la ley.

Creyó que la razón de peso que daba, bastaría para inclinaria a cambiar de actitud, pero la respuesta de Jane le desconcertó:

—¿La ley? La verdad; estás muy gracioso.

A Guiss le pareció presenciar un vaudeville, cuando vió entrar a Cassil, ordenándole:

—Diez y siete.

Guiss atisbó al rellano y preguntó:

—¿No esperamos a la señora?

—No.

Después, viendo que el dependiente le miraba estupefacto, preguntó:

—Usted creerá que estoy loco.

—Ni mucho menos, señor. Yo no he dicho nada. Cuando acepté este cargo me dijeron que hicieran lo que hicieran los inquilinos, era cuenta suya; y si usted cree que está loco, por mí no hay inconveniente.

—Diez y siete.

Dió un trasplé André al salir y el dependiente, con sorna que quería ser aviso, exclamó:

—Cuidado, no se caiga.

Ingrato despertar

El dormitorio de André Cassil permanecía herméticamente cerrado. La más completa oscuridad reinaba en él, y en la cama, acostado y entregado a un profundo sueño, se hallaba el autor en completo reposo. Era el primer sueño que, en naturalezas jóvenes y sanas, ni rompen los ruidos de la calle ni los pasos y ajetreos de los criados en sus quehaceres matinales.

Para los trasnochadores, las siete de la mañana señalan las primeras de sueño. Más aún para Cassil que, por sus afinidades con el teatro, se veía obligado muchas noches a dirigir ensayos hasta bien entrada la madrugada, sin tener en cuenta, además, las tertulias de amigos, artistas y comediantes, que se prolongaban bastante más del amanecer.

No es de extrañar, pues, que el apuro de Leary al ver llegar la esposa de su señor, fuera grande, porque de sobras conocía el terrible despertar de su dueño cuando se le llamaba antes del mediodía. Pero era la señora quien lo ordenaba y no había más remedio que aguantar la rociada de improperios que le esperaba. Con fundado temor y adoptando toda suerte de precauciones, empujó

la puerta y se acercó de puntillas a la cama.

—¡Señor! ¡Señor!

Sobresaltado, alzó André la cabeza y se restregó los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Es la señora, señor. Ha venido a desayunar con el señor.

No le desagradó la noticia. La quería, era su esposa, y las mayores ansias de su corazón eran estar a su lado. Sin embargo, cuando al preguntar la hora, le dijo el criado que eran las siete y cuarto, tentado estuvo de tirarle lo primero que alcanzara su mano. Hasta le amenazó con matarle si no salía de la alcoba; pero al recordar que era ella quien le mandaba despertar, se resignó, y pidió un batín.

Anunciaba Leary a su señor que también había despertado al cocinero para que preparase el desayuno. A Cassil le pareció un despropósito. Nunca desayunaba antes de las doce. Y eran las siete y cuarto; dos horas después de haber terminado su ágape de madrugada y cuando se hallaba en plena digestión.

Al ver a su marido somnoliento e incapaz de contener los bostezos, quiso excusarse Jane de haber llegado tan temprano. Intentó tranquilizar a Cassil, asegurándole que siempre se levantaba a media noche para tomar el desayuno.

Animada ella por la respuesta, que la creyó sincera, le prometió que todas las mañanas vendría a despertarlo a la misma hora para desayunar juntos. Así tendría tiempo de llegar al hospital a las siete y media y las mañanas que él estuviera vestido podía acompañarla. No estaba lejos el establecimiento. Unos dos kilómetros, metro más, metro menos.

Irónico y descando en sus adentros que tal coincidencia no ocurriera jamás, afirmó el desgreñado esposo que sería encantador pasear solitos y a las siete y media de la mañana camino del hospital.

En el interín, Leary había preparado la mesa. A ella se sentó el matrimonio. Le entregó Jane la llave de su piso y lamentó la disputa que sostuvieron la noche anterior, disponiéndose a contarle lo que había hecho y pensado durante la cena. Al marido le pareció ya la cena cosa tan lejano que no mostró interés alguno.

Desayunó ella huevos, jamón y harina de avena con mucha nata. El no quiso ni probar bocado. Tan desganado estaba que le ofendía hasta el olor de los manjares, y se limitaba a contemplar el afán con que su esposa devoraba mientras decía que era la única comida que solía hacer a gusto, pues en el resto del día no le quedaba tiempo para comer sossegada y, por

la noche, el cansancio le cortaba el apetito. André tomó solamente café. Era lo único que podía acabarle de despertar.

Se despidieron, terminado el desayuno, quedando a indicación de ella, ir a almorzar, si le quedaba tiempo, al restaurante donde cenaron la primera vez. Se sentía romántica. Su primer desayuno junto al esposo le hizo ver la felicidad de compartir la mesa con el ser amado. Lo iría a recoger al teatro, y, después de almorzar, volvería al hospital. Tenía que operar una úlcera.

...

Roto el sueño, despabilado por los efectos del café que muy cargado había ingerido, André no volvió a acostarse. Vistiéndose con presteza, prometiéndose vengar el madrugón yendo a despertar a sus amigos más queridos. Su predilecto Hasting fué la primera víctima.

Cuando se presentó en casa del empresario, Johnson, el criado, saltó de la cama para abrir.

—Lo siento, señor. Temo que dormí demasiado.

—No; es que yo dormí poco. ¡El señor Hasting está durmiendo aún?

—Sí, señor. ¡Le ha ocurrido a

usted alguna catástrofe, señor Casell?

—Algo terrible.

Y sin más preámbulo ni explicaciones, irrumpió el autor en el dormitorio del empresario; descorrió las cortinas, abrió las maderas de las ventanas y a toda luz quedó la estancia.

El exabrupto de Hasting que descansaba en elegante y barroco lecho, fué enorme.

—¿Qué pasa?... Lárguese de aquí. Cierre esas cortinas.

—No ocurre nada. Soy yo.

La sorpresa de Hasting no tuvo límites.

—Debo estar soñando.

—No, no estás soñando. Quería hablar con alguien, y ninguno de los que conozco está levantado todavía.

—Creí que estabas en tu luna de miel.

—También lo creía yo; pero me he casado con un monstruo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Me he casado con un monstruo. Escucha y verás. Mi esposa desayuna a las siete de la mañana... jamón, huevos y harina de avena. Luego se va andando a trabajar: dos kilómetros. Y si estoy vestido, me obliga a que la acompañe. ¿Qué debo hacer?

—Acesinarla.

—Es que la quiero.

—Entonces suicídate.

—¿Por favor, George! Contéstame en serio.

—¿A las ocho de la mañana quieres que te conteste en serio?

—Y aun queda lo peor. Tiene cuarto propio; cinco pisos más arriba.

—A ver — repuso estupefacto Hasting —. Repite eso que has dicho.

—Ella vive en el piso vigésimo-segundo, mientras que yo habito en el décimoseptimo, y no quiere bajar.

—¿No quiere?

—Ni yo subir.

Creyó Hasting que eso ya era cuenta más del jurista que del empresario por muy acostumbrado que éste estuviese a conflictos y complicaciones teatrales, y le aconsejó:

—Necesitas un abogado, y yo no lo soy.

—No — suspiró André —. La culpa la tienen sus ideas sobre el matrimonio. Marido y mujer no deben obstaculizarse... Ella trabaja.

—¿Es que no se puede trabajar y ser buena esposa?

—Sí; pero quiere tener un piso aparte.

—Vamos, sí; tú vives tu vida y yo vivo la mía... Para eso hay una solución. Continúa viviendo como antes, se pondrá más celosa que

una mona y acabará por volver a ti más suave que un guante.

—Pero si ella no es celosa.

—Acabará por serlo. Escucha. Fíjate: Acto primero, el hogar; acto segundo, el marido la inspira celos; acto tercero, cae el uno en brazos del otro. Telón final. Te aseguro que es estupendo. No falla nunca.

—Demasiado anticuado — exclamó André, decepcionado y disponiéndose a marchar —. Ya puedes dormir.

Hasting se volvió de espaldas, se embozó hasta los ojos para hurtar sus ojos a la luz y se entregó a Morfeo nuevamente.

Jane indiferente y André celoso

Se ensayaba la última comedia de André Cassil. Las impresiones que se tenían de ella recogidas de los que habían asistido a la lectura, auguraban mayor triunfo aún que en las anteriores. Y en el cuidado y montaje, rivalizaban autor, artistas y empresa.

La figura central de la obra estaba encomendada a Nancy Benson, que en aquel momento ensayaba con el otro protagonista, el actor Ferguson, a presencia y bajo la dirección de Cassil. Estaban en una de las escenas de mayor re-

lieve. Nancy se quejaba de que el actor no la sostenía bien en sus brazos. Ferguson se separó y quedó interrumpida la escena.

—¡Oh! Continúen — suplicó André —. ¿Ensayen el beso, ¿quieren? Es preciso que empiecen a acostumbrarse.

Se repitió la escena. A Nancy no le satisfacía la forma en que la cogía el actor, y protestó:

—¿Crees que estás en el gimnasio o algo así?

Intervino André.

—Tenéis que actuar con vehemencia en esta escena. Y si no empezáis en los ensayos, será difícil que lo consigáis después.

—Si me mirase a los ojos en vez de pegar su cara a mi hombro para enseñar el perfil, sería otra cosa.

Grayó el autor que debía ejecutar la escena para demostrarles cómo había de interpretarse, y se acercó a Nancy.

—Dejadme enseñaros la postura y la duración de la escena. Vamos, Nancy, ensaya conmigo.

A todas la convidaba. La actriz se relajó de gusto.

—¿Contigo, «Pappy»? Con mil amores.

Comenzó el diálogo. Nancy hablaba con visible emoción, como si las palabras le salieran del alma.

«Sabía que volverías y por eso

no he cambiado... A pesar de los años que han transcurrido, sabía que todo en ti continuaba igual. ¡Oh, Mary; mi pequeña Mary!»

Y se fundieron en un abrazo que culminó en un beso fuerte y prolongado. Más que ficción, la realidad arrebató a Nancy. Vivía el momento con pasión irradiada en sus ojos. Y los dos, a una, parecían sentir la exaltación de un hondo amor en el entusiasmo de un hasta entonces comprimido anhelo.

Contemplándolos con serena curiosidad quedó unos momentos Jane que llegó acompañada de Hasting, quien sin duda quiso poner a prueba los celos de la doctora. Pero ni marido ni mujer se inmutaron. Tranquilamente, como quien suspende una tarea propia de su oficio, se desprendió de Nancy y habló a su esposa:

—¡Hola, querida! En seguida soy contigo, cielo.

—Así es como se hace Ferguson — advirtió André.

—¿Te has dado cuenta? — corroboró Nancy.

—Sí; pero tú y André habéis tenido más ensayos — terminó Ferguson, con maliciosa intención.

Ni Cassil se dió por aludido ni Jane dió tampoco importancia a la respuesta del actor; y el matrimonio se juntó para marchar a almorzar.

Por Hasting se enteró Nancy de que la recién llegada era la esposa del autor. Mediaron entre los presentes las presentaciones de rigor, socialmente correctas y elegantemente expresadas. André creyó su deber dar una explicación que borrara en su esposa el efecto que hubiera podido producirle la situación en que lo encontró con Nancy al llegar aquélla al escenario.

—Llegaste en una escena difícil, muy difícil.

—¡Ah!, ¿pero nos vamos? — preguntó Jane, con candorosa naturalidad. — ¿Por qué no lo ensayas otra vez?

Cassil estaba ya en brasa, porque creyó adivinar en las frases de Jane, más que ingenuidad, disfrazada ironía. Además le molestaban las indiscreciones de Nancy.

—Mira, «Pappy». Se ha sonrojado.

André quiso cohonestar la burlanada de Nancy con una muestra de autoridad.

—Continuará el ensayo a las tres y cuarto, señorita Benson.

Almorzaron. Los dos se mostraban satisfechos y radiantes de felicidad. Se hallaban en el mismo

restaurante en que habían tenido su primera cena, como habían pensado.

La conversación se iba animando con el recuerdo y comentarios del pasado. André le recordó que estaban en el cuadrigésimo octavo aniversario de bodas. A Jane le extrañó lo alto del número, y Cassil aclaró que hacía cuarenta y ocho horas que se habían casado, añadiendo como colofón:

—Y no hemos hecho si no peleamos.

—Exacto.

Marcó una pausa la intervención del camarero, a quien pidió Cassil café.

—Toda la mañana la he pasado pensando en nosotros.

—Yo también — afirmó Jane.

—Te invito a cenar conmigo en mi piso.

—Comer siempre juntos forma parte de mi plan.

—¿Y también desayunaremos allí?

—Naturalmente. Estaré contigo todo el tiempo que pueda.

Los polos se acercaban. Se iniciaba la inteligencia. Dos palabras más y el porvenir se vislumbraba sonriente y armónico. Pero el diablo que siempre acecha se presentó allí en forma de un hombre chabacano y aturdido, indiscreto y grosero. Uno de esos hombres que llevan donde van la ligereza

y la revuelta. Era Michael, un antiguo amigo de la doctora. Cayó en la rosada quietud de sus confidencias, con la impetuosidad de una tormenta.

—¡Alex! — vociferó con alegría el intruso —. ¿Es posible? ¿No es esto lo que se llama tener suerte? He llegado en avión hace media hora. Llamé tres veces al hospital. Entré aquí para ahogar mi desesperación, y te encuentro ante mis narices.

Hablaba precipitadamente y por los codos sin dejar meter baza a Jane que, aunque se esforzaba para conseguirlo, apenas lograba intervenir con monoslabos.

—He querido escribirte un millón de veces; pero ya sabes; ni yo escribo ni tú contestas.

André mostrábase impaciente esperando el final de aquel charrón. Miraba interrogante a su pareja, y al impertinente con rabia. Lo advirtió éste y tuvo entonces para Cassil, otra impertinencia:

—Perdone, amigo. ¿No le importa, verdad?

Y siguió con lo suyo.

—Te hubiera invitado a ir al Brasil, pero sabía que no hubieses venido. ¿Qué has estado haciendo? Tienes mala cara.

No pudo contenerse más Jane y trató de detener al parlanchín.

—Mike, por favor. Quiero presentarte al señor Cassil.

Pero es muy difícil parar a un caballo desbocado. De refilón le tendió la mano, y con un ¿cómo está usted? que no esperó respuesta, siguió su perorata para llegar a la invitación:

—Esta noche no creo tengas nada que hacer. Te llevo por ahí a ver Nueva York. Quiero ver cómo sigue todo. Recorreremos los sitios que visitábamos antes. Es decir, si aun siguen abiertos.

Ya en este punto, Jane se impulsó y logró revelar la sagrada relación que con él que le acompañaba tenía.

—El señor Cassil es mi marido. La oyes como quien oye llover.

—¿Sí?... Me alegró tanto. Y no me salgas con la excusa del hospital. Deja que la gente se muera.

Y de pronto, como si le asaltase la duda, se dirigió a André:

—Oiga. Ha dicho marido; ¿no es cierto?

Toda la violencia contenida hasta entonces en el pecho de André, se escapó en una afirmación categórica, rotunda y desafiadora.

—Sí. Ha dicho marido.

—Sí, Michael; me casé— atenuó Jane.

—No me gusta. Doy vuelta a la esquina, voy al Brasil y en cuanto lo hago, te casas con el primer mendigo que encuentras...

Lo de mendigo le sonó a André como un tiro en la nuca.

—Oiga, amigo; perdón.

Tampoco le gustó a Jane, que se apresuró a resaltar la personalidad de su marido:

—Mi marido es André Cassil, el celebradísimo comediógrafo.

—No te habrás casado con él por eso. Yo también soy famoso y no se casó conmigo. Dijo que jamás se casaría. Yo fui lo bastante caballero para creerla, y opino que, de decidirse por el matrimonio, yo debía haber sido el marido. Recuerda que yo te vi primero. No le molestará, ¿eh, amigo?

—No, al contrario — contestó André, con un forzado tono de broma que entre dientes trituraba la violencia.

—Creo que cometiste un gran error al casarte. ¿Y tu brillante carrera de Medicina?... ¿Y tu vida? Hubieras llegado a ser una gran doctora.

—Pero si sigo ejerciendo.

—Ni puede mantenerla, ¿eh?

André perdió los estribos.

—Oiga; un momento.

—No es eso, Michael. Es que...

—intervino ella.

Pero no había medio de tapar la boca de aquel energúmeno. Era un aluvión; un verdadero torrente. Y seguía, seguía...

—De todos modos, no comprendo por qué quieres vivir en Nueva

York. Debías venir de médico en mis expediciones. Es más emocionante que esto. Descubrirías nuevas enfermedades, nuevos microbios. Conocerías la selva, cruzarías los siete mares. Lucharías contra las epidemias con una mano; contra los indígenas con la otra. Y desprecias todo esto por casarte y vivir aquí en Nueva York en un piso reducido.

—Dos pisos, perdón — reventó André de rabia.

—Está bien: dos pisos... seis pisos... ¿Y qué más da?... ¿Por qué dos pisos?

Jane quería desviar la conversación y no sabía cómo.

—Es una historia muy larga. Ya te la contaremos otro día.

Y se dirigió a su marido que ardía en internos furoros.

—André: Michael es explorador. Ha estado en todos los lugares exóticos y conoce la mar de gente extravagante.

—Para eso no necesito ir muy lejos. La encuentro en todas partes.

Y volvió a su tema:

—¡Mira qué dos pisos!

—Además antes era paciente mío, ¿verdad, Michael?

—Naturalmente. Por eso he vuelto. No sabe lo divertido que es tener a Jane como médico... ¿Es usted también paciente suyo? ¡Ja, ja! Nunca olvidaré aquellos ma-

sajes. Me quedaba dormido como un tronco.

—¿Por qué no le das uno ahora? — dijo André a Jane, murmurando luego entre dientes —. A ver si se duerme de una vez.

La doctora, ya en sacuas, intentó despedirlo.

—Michael, celeb্রে haberte encontrado. Ya nos veremos otro día si te quedas algún tiempo por aquí. Y ahora perdona, pero se me hace tarde para ir al hospital.

No había medio de quitarse aquel hombre de encima. Insistió, siguió hablando y, no queriendo perder el contacto con ella, se ofreció para llevarla en su coche al trabajo. Ella declinó «tal honor», y convencido el impertinente de que nada había a hacer por entonces, se marchó prometiendo que mientras estuviese en los Estados Unidos haría cuanto pudiese por deshacerles el matrimonio.

—No dirá usted que no le aviso, amigo.

Y se marchó, quedando André con unas ganas locas de romperle la crisma.

—Si me llama otra vez amigo, soy capaz de hacer pedazos a ese gorila.

Procuró calmarle Jane. Después de todo, ella que lo conocía, sabía que era un buen chico, muy agradable y muy simpático, a quien por otra parte no podía desairar

porque se trataba además de un paciente suyo con unas fiebres muy interesantes y era obligación suya curarla.

—Es igual que lo de tus besos a Nancy Benson. Son actos necesarios, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Lo ves? Adiós, querido. Y gracias por el almuerzo, «Pappy».

Lo de «Pappy» salió de boca de Jane como un puñal, y le sentó a él también como una puñalada. Vió en la ironía de su esposa la confirmación de que no había pasado inadvertido para ella la fruición con que artista y autor se besaban, y recordó también la glacial indiferencia con que su esposa la contemplara. En cambio, él había sufrido enormemente durante el parloteo de Michael, que declaraba la estrecha amistad que en otros tiempos los había unido. Y sintió celos, unos celos acerbos, torturantes, que se agudizaban con la ausencia de Jane y el temor de que se encontrara nuevamente con su antiguo amigo.

Esperaba con ansiedad la hora de la cena, para estudiarla, para sonsacarle y adivinar en sus respuestas la verdad que le mordía cruelmente el alma con sus dudas. Acroetieron éstas cuando a las nueve y media, hora que ella había fijado para unirse a él en la cena, caso de salir del hospital, le anun-

ció Leary que la señora lamentaba no poder cenar con él. Uno de sus pacientes requería constante cuidado aquella noche.

Para Cassill, aquel paciente no podía ser otro que Michael. Y pensó calladamente en el desquite.

Donde las dan las toman

André se movía nervioso por la habitación. Esperaba a alguien. Tenía sed ¡mucho sed! Así se lo anunció a Leary, que le ofreció vino. Un vino, cosecha 1926, que debía ser delicioso.

—No, nada de vino. Cofiac.

Le observó el criado que sería mejor vino, pues quizá la señora no hubiese cenado todavía.

—No se trata de la señora, sino de una señorita que ha cenado.

—¿Espera alguna visita el señor?

—Sí, la señorita Meredith.

—¿Ha pensado el señor en las posibles complicaciones si la señora se entera?

—¡Ojalá tenga usted razón! Vaya a abrir.

Edith no podía ocultar su alegría. La sorpresa había sido agradabilísima. Le parecía imposible. Cuando le telefoneó André citándola, casi no lo creía. Lo había

dado todo por perdido cuando supo que se había casado.

—Cuando lei la noticia—añadió—dijo: Otro hombre fuera de circulación. Y tú sabes, André, que hoy día escaseáis mucho.

El rostro de Edith esplendía inmenso júbilo. Se encontraba allí a maravilla. Le encantaba el ambiente. Le cautivaba el mobiliario. El sillón donde se arrellanó lo encontró elegante, caliente y cómodo. Y desde él escuchaba con deleite la voz de André, diciéndole que quería verla porque temía no haberse portado bien con ella la última noche que se vieron.

Pero Edith se daba por suficientemente pagada. Y le hablaba con indescriptible admiración de su último estreno. Había visto la obra docena de veces y cada vez le gustaba más. Gárrula y feliz, su lengua se desbordaba en complacencias. La casa tenía unas vistas magníficas. También la suya las tenía. Vivía en la calle 66. Desde su morada se veía el río Hudson.

Le pareció a Edith que André miraba impaciente a la puerta.

—¿No esperas que venga nadie, verdad?

—No. ¿Por qué?

—Miras a la puerta como temiéndolo que aparezca alguien de pronto.

Y lo abrazaba. André seguía nervioso. Le ofreció un cigarrillo.

—No. Yo fumo muy poco—dijo ella—. Y no suelo beber casi nunca. Sólo cuando estoy con alguien que me es muy simpático. Y aun así sólo tomo un par de copas.

—¿No te molestará que tome yo una, verdad?

—No tengo prejuicios. Me gusta que la gente esté normal; pero creo que los hombres son mucho más divertidos cuando están un poquititín bebidos.

Sin duda, oyó André pasos en el recibimiento o abrirse la puerta del piso, porque cortó la charla de Edith.

—Has sido muy amable viniendo aquí, sobre todo sabiendo que no debías venir.

—¿Por qué no? Me dijiste que me necesitabas aquí contigo; y me dije: «Pues allá voy».

Las sospechas de André se confirmaron. Alguien había entrado en el piso y penetraba, sin pedir permiso, en la habitación. Era Jane.

Y se presentó tranquila y ecuanime como siempre.

—¡Hola! —saludó—. ¡Cuánto lo siento! Siempre estoy interrumpiendo tus ensayos.

Si hubo ironía en su saludo, supo disimularlo; pues su voz parecía serena y sin ficciones. No daba importancia alguna a la visita.

—¡Qué agradable es esto! Hace mucho frío en la calle.

André, regocijándose, porque presumía que aquella indiferencia era postiza nada más, presentó a Edith su esposa, y a ésta la señorita Meredith como una antigua amiga suya. Afectuosamente se saludaron ambas.

—Creí que ibas a quedarte esta noche en el hospital.

—¡Oh, no! Sólo tenía que dar a Michael una inyección y vigilar el curso de la fiebre. No merecía la pena quedarse en el hospital para eso.

La situación no podía ser más escabrosa para Edith. Mascaba el ridículo; se percataba del triste papel que había ido a desempeñar por obra y gracia de la bellaquería de André por el asentimiento de su estúpida credulidad. Allí sobraba ella. Estaba bien claro. Lo difícil era salir airosa del percance. Y a intentarlo fué:

—Bien; creo que será mejor que me vaya. Hace rato que debí marcharme. Tengo una cita con unos amigos y...

La apacible respuesta de la esposa la desarmó:

—No, por favor; no lo haga. Sólo entré para dar a André las buenas noches. Voy arriba a cam-

biarme de ropa. Ustedes dos sigan ensayando. Me gustaría quedarme. Me agradó mucho verlo ensayar con Nancy Benson.

El nombre de la artista fué un arma de dos filos, pero ninguno para ella sino para la pareja a quien había sorprendido. Para André porque le advertía que no le engañaban sus trucos; para Edith porque le hacía sabedora de que no era ella la única para quien el autor guardaba distinciones y galanterías.

Con su bochorno y su despecho quedaron una y otro viendo cómo salía la doctora.

A Edith la pinchaba el sofoco y suplicante murmuraba:

—¡Quisiera salir de aquí. Estaba pasándolo muy bien; pero esto me ha fastidiado. ¿No te habrás casado con ella para ganar alguna apuesta?

—No, nada de eso. Leary, traiga el abrigo de la señorita Meredith. Lo siento; tengo que subir a darle una explicación...

—¿Cómo? ¿Subir?... ¿A dónde?

—Pues... Arriba. Adiós.

Se alejó corriendo. Edith se quedó como quien ve visiones y acusando a Leary:

—Vamos, dése prisa. Sáqueme de aquí antes que decida tirarme por la ventana.

. . .

Entró disparado André en la habitación de su esposa que lo recibió con aquella impasibilidad suya que a él le mortificaba tanto.

—¡Oh! pasa. Me estaba visitando.

—Jane; quería decirte una cosa. No estábamos ensayando cuando has entrado abajo. La señorita Edith ni siquiera es actriz.

—¿De veras? Pues es guapa. Yo creo que lo haría bien.

—¿La encuentras atractiva?

—Mucho.

La perplejidad de André ante lo que él iba ya creyendo cimiento de su mujer, iba a estallar en un ¡Ea, se acabó!... Pero no tuvo tiempo. Una voz de hombre que inmediatamente le recordó la del gorila del restaurante, atronó el espacio con un tono de guasa que le dejó helado.

—¡Hola!... ¿Qué les parece si echáramos una partidita a tres manos?

André se volvió. Indeciso no sabía si escupir a su mujer, abofetear a Michael o marcharse. No había para menos. El trance era o de un cruel dramatismo o de una comicidad que desconcertaba. Y a todo esto, la imperturbabili-

dad de Jane seguía incólume. Era desesperante.

—Tengo aquí a Michael en observación, esperando que remita la fiebre. Está mejorando mucho.

—Si está enfermo, ¿por qué no lo envías al hospital?

—No puede ser hasta que le haga efecto el suero. Tiene que estar levantado y continuar su vida normal. De otro modo, no podré juzgar la marcha del tratamiento.

—No me gusta que esté aquí.

—¿Por qué no? Es un amigo mío. Yo no pongo ninguna objeción a que tú recibas en tu casa a la señorita Meredith.

—Sí, ya lo sé. Y eso es lo malo que tienes.

Dió media vuelta y a tremendas zancadas descendió a su departamento, pasando por la inverecunda ojeadá de Guiss, inamovible en su cargo de guiar el ascensor.

El uno en casa del otro

Nora esperaba en el hospital a la doctora Alexandre, saboreando por anticipado la satisfacción que estaba segura había de producir en aquella el regalo de boda que le guardaba. Lo primero que hizo, pues, al presentarse Jane, fué ofrecerle el presente.

—No sabía qué comprarle como regalo de boda. Pensé en algo que sirviera para los dos; pero no conozco los gustos de su marido.

Jane quedó maravillada al contemplar en la caja una preciosa tela.

—Es de lo más bonito que he visto. Gracias, Nora.

La enfermera se alarmó al advertir que eran ya más de las doce y había descuidado el enfermo 408 que debía despertar de los efectos del éter.

Jane levantó el regalo y vio que era doble. Dos soberbios saltos de cama, orlados de encajes.

—Pero, Nora; si hay dos.

—Claro: uno para cada piso.

...

La paciencia de André se había agotado. Estaba dispuesto a disuadir la situación y a imponer en el matrimonio su autoridad de esposo. Quería hacerlo dulcemente, persuasivamente, hablando al corazón de su compañera. Aquello no podía continuar más.

En el ánimo de la doctora Jane Alexandre dominaba también igual anhelo, y pretendió sorprender agradablemente a su amado, esperándole en el piso de él.

Cuando llegó al ascensor, Guiss,

creyendo que la inquilina se dirigía a su piso, preguntó por para fórmula y con su habitual sequedad:

—¿Veintidós?

—No; diez y siete.

Miró extrañado el fámulo a la inquilina, calló un momento y paró a poco el ascensor.

—Diez y siete.

Dubitativo, quiso advertir a la señora.

—Si va al diez y siete, es éste.

—Buenas noches—saludó Jane.

—Buenas noches.

Tan pronto como volvió a la planta baja, y abrió la puerta Guiss para respirar un poco, se precipitó en la cabina André que llevaba en las manos una caja conteniendo un magnífico ramo de flores.

Guiss fué a preguntar:

—Diez y...

—No, veintidós.

El dependiente alargó la cara y hoció los labios en una mueca de incompreensión. O él no estaba en sus cabales o aquella pareja andaba bordeando el manicomio.

—¿Está seguro que no quiere ir al diez y siete?

—No, al veintidós; y pronto. Crei que no se metía usted en nada de los inquilinos.

—No, señor; en nada. Si usted quiere ir al veintidós, irá al veintidós...

Y concluyó, parando el ascensor:

—Veintidós.

Lo mismo que Jane en el piso de André; André en el de Jane se dispuso a esperar a ella como ella esperaba a él. Apercibió la esposa el regalo de Nora para realzar su aparición ante el marido. Abrió el esposo el ramillete para hacer más grato y poético el recibimiento que pensaba dispensar a su mujer. Los dos, sojuzgados por iguales ansias, atisbaban anhelantes el venturoso momento de unirse en el abrazo de la reconciliación y la inteligencia.

En la paz silenciosa de la noche y en el misterio de la oscuridad que en ambas moradas reinaba, el tic-tac de los relojes marcaba a tenor con la acompasada respiración de los dos corazones palpitantes, un tiempo que transcurría lento, muy lento, entre impacencias y ansiedades. Sonaban las horas con ritmo de alarma. Vencida la media noche, el conticinto prestó quietud al reposo, y cada uno en sendos divanes y en la morada del otro, se rindieron al sueño arrebujaos en sus cubiertas, cansados de aguardar lo que no llegaba. Soñaban quizá: ella, en Nancy y Edith; André, en Michael; motoros los tres de sus disidencias... Y así, les sorprendió la amanecida.

Pero la sorpresa de André fué doble y más penosa además la que le dieron. Lo despertó el teléfono. Llamaban del hospital y preguntaban por la doctora Alexandre que había ordenado se la despertase a las seis cuarenta y cinco. Insistía Cassil que la doctora debía estar en el hospital; pero se le contestó que no, que había salido la noche anterior a las diez treinta y que no había vuelto.

Enloquecido el esposo, pensando en todo; en el accidente desgraciado, acaso en la traición; se arregló de cualquier modo, cogió el ramo de flores, y por la ventana lo arrojó con rabia a la calle.

También chasqueada y decepcionada al encontrarse sola, despertó Jane. Acostumbrada a madrugar, no hubo necesidad de que nadie la llamara. Al clarear el día, abrió los ojos y con más dominio de sus nervios que André, se arregló pausadamente y se encaminó al hospital en cumplimiento de su deber.

Una pregunta que disuelve una reunión

Frenético, sin rumbo; pero con la idea fija y obsesionante de dar a todo trance con su esposa y

arrancarle, como fuese, la explicación de la última noche, se lanzó André a la calle. Cruzaba rápido las avenidas tropezando con los transeúntes. No veía a nadie.

Fue Hasting quien lo detuvo con gran sorpresa de los dos. Para empresario y autor era aquella hora tan inusitada, que parecía providencial el encuentro.

—Paseando por ahí a las diez de la mañana —exclamó Hasting, cogiéndole del brazo— ¿Qué hace esta gente levantada a estas horas?

Terne en la idea que a la sazón llenaba toda la imaginación y toda la inteligencia de Cassil, contestó al instante:

—Tengo una idea para una comedia.

—¿Sobre pedatrismo?

—No. Sobre dos personas. Están casados.

—¿Y qué?

—El marido está muy ocupado.

—Sigue.

—Y la esposa trabaja también. Por ejemplo... en una fábrica.

No vió negocio Hasting. El público quiere ver en el teatro escenografía de relumbrón, suntuosidad en el mobiliario, elegancia en las maneras y munificencia en el vestuario. Hoy la gente busca más en el espectáculo recreo a los sentidos que deleite al alma.

Su experiencia de empresario se lo enseñaba. El empleo en una fábrica sonaba a proletario y el asunto proletario no daba un céntimo.

Cassil rectificó:

—Como quieras. Otra cosa. Tiene una carrera.

—¿Te gusta médico?

Horrorizado por el recuerdo de las frecuentes e inevitables desapariciones de Jane, cortó enérgico André:

—¡Ah, no!... Eso, no. Doctora, no... Abogado.

—Ya... Justiniano con tacón alto... Bien. Sigue.

Pasaban cerca de un teléfono público. Asaltó al autor un súbito deseo, y corrió a su alcance.

—Tengo que hablar por teléfono. Ahora vuelvo.

Llamó al hospital. Preguntó por la doctora Alexandre. Era imposible avisarla. Había dado orden que no se la molestase, llamara quien llamara. Ni a un recado podían admitir. Orden terminante.

Defraudado y con el sonrojo en el alma, no quiso confesar el chasco a su acompañante, y se limitó a decir al volver a su lado que estaban comunicando. Siguieron hablando.

—¿En qué se ocupa el marido de tu comedia?

—¿Eh? Es médico. Tiene una clínica. El está en casa esperando

a su mujer. ¿Entiendes? Dan las nueve, las diez, las once...

—Está bien. Dan las doce. ¿Qué pasa? Ella por fin llega y...

—No. Ella no se presenta en casa.

—¿Dónde se metió?

—No lo sé. Es lo que trato de resolver.

—¿Dónde dice ella que estuvo?

—Pero es que él no puede comunicarse con ella. Está atendiendo a un cliente.

—¿Y el bobo se lo crees?

—¿Qué bobo?

—El marido.

André abrió los ojos a la sospecha cruel que le azotaba despiadada desde que despertó y que se clavaba en su corazón con el martilleo de la certidumbre.

—¿Tú crees que es un bobo?

—Un illo.

El fulminante provocó la explosión inmediata. Estallaron los nervios del autor, volvió nuevamente al teléfono y llamó desesperadamente. Esta vez le dijeron que ya no estaba la doctora Alexandre. Había salido con el señor Dally, sin dejar ningún recado para Cassil, a pesar de haberle notificado su llamada. Sin duda la precipitación. Había tenido que salir de prisa al Foro Científico, donde daba una conferencia por radio.

Exasperado e indignadísimo col-

gó André el auricular, porque pensaba que actuaba en todo esto la mano de Michael. No cabía duda alguna. Recordaba que en el restaurante, en medio de su verborrea estúpida, descarada y atropellada, le había hablado de una emisión de radio. Una conferencia radiada. Si, era aquel hombre que se había interpuesto en su camino, quien descentraba a su mujer sembrando de recelos y de zozobras la vida del matrimonio. Había que anularlo, y para conseguirlo, iba a jugárselo todo... Hasta la vida, si era preciso.

Dejó a Hastings y corrió a la radio. El salón estaba atestado. Ocupados los asientos, aun quedaba alguno vacío. En uno de éstos se aposentó André, que llegó presuroso y jadeante; y presenció nervioso las incidencias de la sesión.

En el escenario, sentada a la mesa presidencial, se veía la Junta de doctores y, a su lado, también en sitio preeminente, Michael, organizador del acto. Entre éste y el doctor Gunther, destacaba la esbelta e interesante figura de Jane, que había de dar la conferencia.

Era costumbre en el Foro Científico que antes de hablar el conferenciante, los asistentes que lo desearan consultasen algún punto médico, que era contestado por el

especialista a quien la pregunta concernía y que, como es natural, figuraba en la presidencia.

Michael inició la sesión, advirtiéndole al público ayudado por el micrófono que en frente tenía:

—Sirvanse nombrar el miembro del Foro que desean que les conteste y hacer la pregunta lo más claramente posible.

Un ujier, con un micrófono portátil, acudía diligente y solícito al espectador que deseaba consultar y ponía frente a su boca el amplificador. El primero que lo utilizó fué Blake, un joven que estaba en el centro del estudio y que se expresó como sigue:

—Quisiera que el doctor Lamar me contestase a esto... Doctor Lamar: ¿Opina usted que los experimentos sobre enfriamiento humano han probado que el letargo de las células dura un largo período de tiempo bajo temperaturas inferiores a la congelación y origina un completo rejuvenecimiento celular?

Contestó el doctor Lamar:

—Solamente existen conclusiones incompletas de tales experimentos. Ciertos biólogos sostienen que un largo período de letargo, si no rejuvenece, rehabilita los tejidos gastados o enfermos, pero de momento su teoría no ha sido aun probada de forma concluyente.

La siguiente pregunta la hizo una señora. Consultó al doctor Gunther al el sarampión, aun en casos benignos, suele ser fatal para las razas primitivas, a lo cual contestó el consultado que sí; porque el hombre primitivo carece de resistencia, debido a que su sistema no ha podido ejercitar, a través de generaciones de infección, las defensas orgánicas, las cuales crean cierta inmunidad.

André se revolvía en su sillal. La inquietud le agitaba en estremecimientos. La vista de Michael al lado de su esposa le desesperaba. Estaba dispuesto a dar la campanada; pero campanada ruidosa, estridente. No le detenían las consecuencias. Y a señas, pedía al ujier que le aproximase el micrófono.

Le llegó el turno, y desencajado y convulso, interrogó trémula el habla y adusto el ademán:

—Si fuese tan amable la señora... Desearía hacer una pregunta a la doctora Alexandre. La pregunta es ésta: ¿Dónde estuviste ayer noche? Ni estabas en casa ni en el hospital tampoco. ¿Dónde estuviste? D.

Y ante la mirada interrogativa de todos, afirmó:

—Soy su marido.

El revuelo fué enorme; el asombro, unánime. Tumultuosamente se suspendió la sesión, sin poder

evitarlo la voz de Michael que con la sorna impresa en su rostro prevenía al caballero que se equivocaba, pues la emisión de querrelas conyugales se hacía en el estudio B.

Asistencia y dirigentes dieron por terminado el acto; y la concurrencia despejó el salón entre cuchufletas y maliciosos comentarios.

El escándalo

La nueva cundió rápidamente. Como un reguero de pólvora se esparció por todos los ámbitos de la ciudad y se desgajó en habillitas y apasionados juicios. Llegó el suceso a las redacciones, y la curiosidad reporteril exprimió la noticia para sacarle jugo y actualidad periodística.

Una pléyade de informadores y fotógrafos asaltó el hospital en busca de detalles. Charlaban animadamente en la antesala con Nora.

—Estamos alborotando el despacho —dijo Frampson.

—No se preocupen. Me gusta tener compañía.

—¿Estuvo en el hospital anoche?

—No puedo contestar nada sobre eso —repuso Nora.

La enfocó un fotógrafo, y a poco entró el doctor Gunther a quien todos saludaron y pidieron noticias.

—Doctor Gunther, tal vez usted pueda decirnos algo sobre la doctora Alexandre.

—No tengo nada que decir.

—¿Seguirá en el hospital?

—Lo siento, pero no tengo manifestaciones que hacer.

Se resignaron a esperar viendo cómo el doctor Gunther escurría el bulto y se internaba en el departamento de Jane Alexandre, que se levantó respetuosa.

—Estoy escribiendo mi dimisión.

—Ya lo esperaba.

—Lamento de veras lo ocurrido.

—Pues pudo haber sido peor.

—No creo que pueda haber nada peor que lo sucedido.

Gunther se mostraba apenado porque en cierto modo se creía causante del escándalo.

—La verdad; sospecho que yo también soy algo culpable por llamarla aquí estando usted recién casada.

—La culpa no fué suya, doctor Gunther, sino mía por haberme casado con un hombre que no cumplió su palabra. Convínimos los dos que después de la boda seguiríamos actuando independientemente.

—Son unas teorías muy interesantes.

—Podían haber resultado. Si yo tengo fe en él, él debe tener fe en mí.

—Sí, desde luego; pero la fe... De todos modos, no estoy dispuesto a aceptar su dimisión. Si necesita unas vacaciones o un descanso para solventarlo todo, de acuerdo. Pero su vida privada no tiene que ver, después de todo, con el trabajo que presta entre nosotros.

—Gracias, doctor Gunther.

Sin embargo, a pesar de lo dicho, también en el director se apreciaba algún interés por saber lo que le había ocurrido la noche anterior. Veladamente, con toda la delicadesa que demandaba la más correcta discreción, se atrevió a hacer algunas insinuaciones. Pero el firme temperamento de Jane no se avenía a disimulos ni reticencias. Así respondió sin eufemismos:

—No, doctor Gunther; ayer no pasé la noche en el hospital. No tengo coartada. Es una suerte que no me culpen de asesinato. Y por si acaso, será mejor que confiese mis correrías.

Seguidamente, como si se decidiese a descubrir el misterio de su aventura, abrió la puerta y llamó a los reporteros.

—Pasen, señores... ¡Hola, Pete! La última vez que lo vi fué en la Universidad.

—Es cierto, doctora. Se ha hecho bien famosa desde entonces.

Un fotógrafo la pidió permiso, preparando la máquina.

—¿Le molesta que tiremos unas placas?

—Nada de eso. Tomen cuantas quieran.

Las preguntas salían de una y otra boca. Todos los informadores se desvivían por interrogarla.

—Supongo que sabrá el por qué de nuestra visita.

—No tengo la menor duda.

—Como el resto de la nación, queremos saber su respuesta a aquella pregunta.

El doctor Gunther estimó su deber librarla de aquel asedio que creía un tormento para su auxiliar.

—Caballeros: creo que la doctora Alexandre no está preparada para...

Jane le salió al paso.

—Déjelos, doctor Gunther. ¿Qué es lo que quieren ustedes saber?

—Verá: su marido y unos cien millones de lectores desearían saber dónde estuvo usted anoche.

Graciosamente la doctora adoptó una actitud de confidencia y misterio y se decidió a saciar la voracidad informativa de aquel corro que la escuchaba estilográfica en mano.

—Pues, bien, muchachos, se lo diré.

El silencio se hizo expectante, solemne, casi sepulcral. Iba a descubrirse el enigma.

Jane acentuó virilmente sus palabras.

—Estuve anoche en casa de uno de los hombres más románticos y encantadores de Nueva York.

La gravedad crecía; el interés adquiría relieve y categoría de privilegio titular. Para ser un noticia formidable, sólo faltaba conocer el nombre del afortunado.

—¿Le importaría decirnos su nombre?

—Caballeros...: soy muy discreta.

La noticia quedaba incompleta; pero de todos modos con la declaración de Jane había materia suficiente para hinchar el reporte en más de una columna.

Y a ver quién sacaba más partido del suceso, corrieron todos a sus respectivas redacciones.

Vano consuelo

Como era de esperar, la noticia tuvo honores de primera plana con título de grandes mayúsculas y los consiguientes subtítulos. Cua-
jada de fotografías de los dos protagonistas del incidente, llovían detalles, anécdotas y pormenores. No era ya sólo la revelación que

Jane había hecho lo que se relataba, sino que se hablaba además de un proyecto de viaje de la doctora a Méjico. El escándalo se recrudecía. Círculos y tertulias enjuiciaban con acaloramiento la conducta de él y la postura de ella. Los dos eran bien conocidos en el mundo de la ciencia y de las letras para ser lo ocurrido comida de amigos y enemigos.

André devoraba la Prensa anquilado, aplastado, pensando en la ridícula situación a que le había conducido su incontinencia en la radio. Trataba de reflexionar para ver de solucionar el conflicto, pero no acertaba a salir de él airosamente. Le ardía la cabeza. La ira y el despecho le dominaban.

Y a todo esto, sin saber nada de ella, a quien, conociendo su carácter, la creía sosegada y tranquila, sin importarle ni las consecuencias del hecho ni el disgusto del desprestigiado marido, víctima de sus caprichosas excentricidades.

Sería capaz de marchar a Méjico; de abandonarlo para siempre, de escuchar las chabacanías de Michael, aquel tipo chocarrero e imbécil que había caído en el área de su felicidad como un rayo de desventuras.

Como no podía ser menos, a Nancy Benson llegó también la noticia, y acudió solícita y jubi-

losa a consolar a su amigo. El rompimiento con la esposa podía ser una esperanza para la artista que seguía guardando el culto de siempre al comediógrafo y al hombre.

Se presentó en casa de André, y sin apenas contestar a los buenos días que le daba Leary, al franquearle la entrada, se metió precipitada y ansiosa en la habitación de Cassil.

—¡Hola, «Pappy»!

André levantó la cabeza desganado.

—¡Hola, Nancy!

—He oído que has suspendido los ensayos.

—Sí, es cierto.

Nancy se hizo la ignorante. Como si de sobras no conociese los motivos de la suspensión.

—¿Qué te pasa?... ¿Estás acatastrado?

—Sí, estoy resfriado.

Le contrarió a Nancy que André conviniera con ella, porque deseaba y esperaba que a su pregunta contestase el autor, confesando la verdadera causa que le retenía en casa. Pero ya que él se mostraba hermético, ella sería explícita.

—Será de los pies... ¡Vamos, «Pappy»!... ¿Qué has hecho de tu sentido del humor?... Esto no es grave, sino divertido... ¿Acaso te preocupa la publicidad? Ojalá

viera yo mi foto en todas las primeras planas.

—No es la publicidad lo que me preocupa.

Nancy no podía comprender cómo una mujer como Jane pudiera preocupar a un artista y a un hombre de la talla de André.

—No irás a decirme que es ella... Es de las que dicen al marido lo que hacen con otros hombres... Y yo que creía que los médicos eran todos muy formales...

—¡Si yo no hubiera cometido la tontería que hice en la radio!

—Reconozco que no estuviste muy acertado; pero por eso no irás a estarte aquí encerrado el resto de tu vida... Leary: traiga el sombrero del señor Cassil.

André se negaba a salir a la calle.

—No, querida.

Nancy, deseando convencerle de que la vida no debía tomarse tan en serio, le llamaba a la reflexión:

—Escucha, «Pappy»: Tú que metes a los personajes de tus comedias en toda clase de conflictos y sabes sacarlos de ellos con brillantez, cuando te ocurre un caso personal, te comportas como un colegial que ha sido descubierto tirando besos a sus compañeras.

Después, insinuante y suasoria, le animó zalamera:

—Anda, vamos, «Pappy». Vámo-

nos al teatro a ensayar. Trabajando no te acordarás de nada.

Tenia razón Nancy. El trabajo cuando se toma con ardimiento y voluntad rehabilita y conforta, borrando sinsabores y preocupaciones.

—Puede que tengas razón.

Y en un impulso soberano de voluntad, ordenó a Leary:

—Traiga mi sombrero, Leary. Eres muy buena amiga, Nancy.

Volvió Leary con el sombrero de Cassil y le preguntó si cenaría en casa aquella noche el señor.

—Supongo que sí.

Nancy, en su deseo de no separarse para nada ya de Cassil, de animarle y acompañarle hasta hacerle olvidar en absoluto el contratiempo que tan entristecido tenía a Cassil, confirmó al criado la suposición del señor.

—Sí; cenará aquí conmigo y con unas ochenta y nueve personas más.

A Leary no le hizo mucha gracia el anuncio de Nancy. La perspectiva que se le presentaba no era nada recomendable para un sirviente. Ochenta y nueve personas, aunque el número fuese sólo una hipótesis de Nancy, quería decir que serían muchas en la mesa y ello suponía un trabajo impropio que, con la algazara propia de una fiesta en la que impera la juventud y el buen humor, su-

ponía un marco que en nada se acomodaba a sus arrestos. Pero, en fin, alegró la cara por servilismo resignado al cumplimiento de sus deberes, y asintió:

—¡Oh!, ¿una fiesta?

A Cassil no le hizo ningún efecto la iniciativa de Nancy. Otorgó con la callada por no decir que no. Todo le era indiferente. Sin embargo, le pareció un poco desplazada una fiesta en aquellas circunstancias. Y así, la objetó:

—¿Crees que una fiesta es lo indicado?

Nancy palmoteó jubilosa, relamiéndose de gozo con la esperanza de vispera.

—Traeremos todas las cotorras de Park Avenue y todos los juerquistas de Broadway.

Después, para animarle más, prosiguió:

—¿No tienes ganas de cotilleo? Pues dales ocasión de que lo hagan a placer hasta que revienten.

Entraron en el ascensor. Ella, cada vez más entusiasmada, pensando en la noche. El mohino y visiblemente apesadumbrado.

Nancy se desvivía por llevar la alegría al ánimo de André. Quería a toda costa que cambiara de aspecto.

—Y por lo que más quieras, deja ya de representar el Hamlet.

Guiso, rígido y estirado como siempre, preguntó:

—¿Bajan?

Una inclinación de cabeza de Cassil le dió la afirmativa.

El silencio de André denunciaba bien a las claras que no deseaba continuar hablando de la ruptura con su mujer. La pena se ahincaba profundamente en él y siempre más lacerante y dolorosa. Quería olvidar lo que Nancy le recordaba sin descanso y sin lástima, creyendo curarle cuando precisamente más escarbaba en la llaga. Aguzó su crueldad hasta hablarle de los rumores de la expedición al extranjero.

—Supongo que te habrás enterado de que se va en no sé qué expedición a Méjico para...

Pausó un momento, mirándole con intención, para recalcar sus siguientes palabras:

—Desde allí entablar la demanda de reposición.

André trató de acabar con el martilleo de la artista, y rápido y seco como queriéndole indicar lo molesta que le resultaba su insistencia, terminó:

—Sí, sí; ya lo he leído.

Pero Nancy no lo entendió o no le convino, para sus planes, entenderle, y siguió machacando:

—Desde que la vi por primera vez sabía que la cosa no duraría. Sois del todo diferentes. Ahí está lo malo.

Y estudiadamente cariflosa, murmuró:

—Y, además, «Pappy»; no creo que tú seas para casado.

—Esa es la lástima; que lo soy —replicó muy quedo André, con pesados convencimiento.

Sin darse cuenta habían llegado a la planta baja, y si no hubiera sido por el aviso de Guiss, habrían seguido en el ascensor. Tan distraída iba Nancy con su apasionada locuacidad, como él estaba ensimismado y sin escucharla ya.

Cuando salieron del ascensor, Jane llegaba a él. Los tres dibujaron un movimiento de desagradable sorpresa. Le contrarió mucho a Cassil que su esposa lo viera nuevamente acompañado de Nancy, como a Jane le disgustó verlos juntos. La artista, en cambio, se bañaba en agua de rosas interiormente, si bien le alarmó un tanto la vacilación del autor, pues creyó, por un momento, posible e instantánea la reconciliación del matrimonio.

Rompió el hielo Nancy, que con menos escrúpulos y más alejada del drama moral que allí se desarrollaba, se dirigió muy amable a Jane:

—¡Hola, doctora Alexandre!

La doctora correspondió al saludo muy fríamente y con imperceptible palabra.

Entre marido y mujer el saludo

fué de mera cortesía y sin calor alguno.

—¡Hola! —dijo André.

—¡Hola! —contestó ella.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

André estimó deber suyo dar una explicación a su esposa, si quiera fuese por pura fórmula.

—¡Vamos al teatro a ensayar.

Jane, sin dar importancia alguna a la excusa y con un «Que os divertáis», avanzó y entró en el ascensor.

Guiss, que no se había tomado la molestia de preguntárselo, paró en el diez y siete.

—Este no es mi piso —advirtió Jane, desabrida y áspera.

—Es el diez y siete.

—Voy al veintidós —confirmó despótica y autoritaria.

—Perdone.

Obediente, pulsó Guiss el botón; pero algo le quedaba en el cuerpo que quería soltar.

—Creí que había cambiado de piso con el señor Cassil. Como se pasó usted en el piso diez y siete toda la noche.

Refrenó Jane un violento «¿Y a usted qué le importa?» que le acudió a los labios, pero reaccionó al instante temiendo alguna indiscreción del dependiente, aunque sin abandonar el talante de agresividad adoptado.

—Espero que no habrá dicho a nadie una palabra.

—No, señora. No me meto nunca en los asuntos de los inquilinos. Tengo esa orden.

—Pues, cúmplala.

—Ya la cumplo —contestó, imperturbable.

Mas algo de equívoco vió en todo aquello Guiss, y no se resignó a dejarlo sin aclarar.

—Pero lo malo es que usted se quedó allá abajo y él se quedó arriba.

Los ojos de Jane se agrandaron extraordinariamente, y sus pupilas centellearon de alegría y curiosidad.

—¿Y quién se quedó arriba?

—El señor Cassil. Vino con una caja de flores preciosa. Yo dije: ¿al diez y siete?, y él dijo: al veintidós. Al día siguiente el conserje me contó que había encontrado las flores en la acera.

La grata sorpresa de la doctora era indescriptible.

—¿Está usted seguro?

—Y bien seguro.

Y con rebuscaba sorna, remarcó:

—Creí que no le habían gustado las flores.

Habían llegado al piso veintidós, Guiss descorrió las compuertas, indicando a Jane que debía salir, pero ésta anhelaba más noticias.

—No, espere. Quiero hablar con usted.

Pero devolviéndole el mozo la andanada, la dejó chasqueada en el rellano;

—Debo irme antes de que llegue a meterme en los asuntos privados de los inquilinos.

Bofetada en la fiesta

La animación en casa del autor era grande y ruidosa; juvenil y bullanguera. No eran los ochenta y nueve invitados con que Nancy había amenazado a Leary; pero sí los suficientemente numerosos y turbulentos para tener en jaque al sirviente que iba de un sitio a otro, llenando copas y sirviendo encurtidos y fiambres.

La mandona allí, la que hacía y deshacía, daba órdenes y disponía a sus anchas era Nancy. Había tomado posesión de la vivienda y se movía en ella como en terreno conquistado. Se sentía dueña de aquella mansión y como tal dirigía el convite.

—Necesitaremos más entremeses, Leary.

—Bien, señorita Benson.

Y a la despensa corrió Leary, diligente y sumiso, de la que salió al punto cargado de nuevas fuentes repletas de bocadillos y viandas.

Para todos tenía la artista una palabra, un cumplido, una invitación. Hacía los honores de la casa con empaque y autoridad de señora indiscutible.

—¡Hola, Jennifer!... ¿Cómo estás Dewey?

Y así por el estilo iba saludando a unos y a otros. También a ella agradecían los concurrentes el convite. Bajo su nombre habían recibido el recado para asistir a él.

A Dewey le extrañó, sin embargo, no ver por allí a su amigo, y preguntó a Nancy:

—¿Dónde está André?

—En el bar.

—¿Ahogando su tristeza?

Nancy, para quien el acontecimiento no tenía nada de triste, ni comprendía tampoco que lo tuviera para Cassil, contestó alegremente:

—Quizá celebrando su libertad. Id allá y echad un trago.

La alegría y complacencia de Nancy se mostraba en sus actos, en sus palabras, en sus movimientos. Todo en ella era desenfundado optimismo y alocada euforia.

La inesperada y súbita llegada de Jane la centró bastante, aunque sin perder totalmente la esperanza. Para ella, todo estaba terminado entre marido y mujer. Los eventuales acercamientos entre ambos sólo podían ser espo-

rádicos, ocasionales y pasajeros.

Y con esta convicción y la acomodaticia inconsciencia de que en todo momento daba muestras, fué al encuentro de Jane y la saludó con desvergonzada serenidad:

—¡Hola, doctora Alexandra! Ha sido muy amable en venir. En realidad, no la esperábamos.

Llamó a André, que acudió corriendo.

—André; mira quién está aquí.

El esposo quedó de piedra. La sorpresa y la impresión se daban la mano en venturosa esperanza. Se miraron ambos con intensidad de afanes. Medió un silencio misterioso y hermético como si tuviesen miedo de descubrir el frondoso abogo de sus anhelos, ante aquella caterva de desaprensivos que tomaban a chacota y burla la embarazosa situación de los dos amantes.

—Ya tenemos un médico en casa —decía uno—. «Por si acaso» —continuaba otro.

Cinicos y descocada como nunca, Nancy se acercó a Cassil, colocándole una mano en el hombro.

—Todos la hacíamos a esta hora camino de Méjico. ¿No es cierto, «Pappy»?... Leary; una copa de vino para el doctor.

Inhumana y sarcástica, se dirigió luego a Jane:

—Ha sido una delicadeza por su parte venir a decirle adiós. Es mucho más fino arreglar las diferencias amistosamente.

Y cruelmente inclativa, la aconsejó con desvergonzada ironía que podía castigo:

—Y no se preocupe más de él. Está en pleno periodo de restablecimiento... ¿No es así, «Pappy»?

La natural ecuanimidad de Jane Alexandra, perdió en aquel instante ritmo y control. Ante tan afia desfachatez, ordenó en un rugido:

—¡Quiero quitar la mano del hombro de mi marido y dejar de llamarle «Pappy»?

No se amilanó todavía Nancy. Aun tuvo osadía para continuar su broma soez e intolerable.

—No está nada bien que sea tan celosa.

Los nervios de Jane estallaron por fin. Como una fiera, avanzó un paso y estampó en la mejilla de Nancy una tremenda bofetada.

Ante la estupefacción de todos, Jane volvió su espalda a la agredida y se encaminó a la puerta. En el umbral se detuvo un momento, miró enérgica a Nancy, y arrogante, con la gallardía y valor con que una mujer de su temple sabe defender un sagrado e indiscutible derecho, exclamó:

—Y no pienso separarme de él.

¡Reconciliación!

Sin volver la vista atrás, no obstante percibir las pisadas que en pos de ella se hundían rápidas y breves en la alfombrada alfombra de la meseta, **hagó la esposa al ascensor y ordenó a Guiss:**

—Al veintidós, haga el favor.

El dependiente que divisó la velocidad que llevaba André Cassil para alcanzar a la inquilina del veintidós, se atrevió a proponer:

—Esperaré. A lo mejor...

—No tiene por qué esperar.

Pero antes que Jane terminase su respuesta, entró el esposo y dijo contundente:

—Arriba.

Obedeció Guiss mirando curiosa y furtivamente a la pareja.

—¿A qué viene tanta tontería?

—Calla—impuso silencio Jane, indicando que había allí testigo a quien nada importaba lo que entre ellos ocurría.

Con la misma rapidez con que entraron en el ascensor, salieron de él, y uno en pos del otro penetraron en el piso de ella.

Ya solos y dentro de la habitación, Jane se enfrentó con su esposo, preguntándole:

—Veamos: ¿qué es lo que querías decirme?

—¿Ahora que todo ha terminado

es cuando te acuerdas de que soy tu marido?... Te has portado como una salvaje.

Jane, alarmada por los gritos de su marido, suplicaba:

—No chilles.

—Te presentas hecha una furia delante de mis amigos... ¿Para qué has bajado?

—Para decirte dónde pasé la noche.

El esposo, mostrando una indiferencia que no sentía ni mucho menos, contestó:

—No me importa dónde la pasaste.

Ya sabía ella que aquel desprecio del amado no reflejaba la verdad de su corazón y, por ello, no le dolió, aunque simuló decepción y asombro.

—¡Oh!, ¿de veras?

—No. Tú estuviste dónde te pareció bien, y yo estuve dónde me pareció bien.

Ansiosamente, esperando una confesión que los uniera para siempre, interrogó Jane:

—¿Dónde?

Con entusiasmo, con la ardorosa pasión que le brotaba del alma, pronunció André:

—Esperando a la única mujer que he querido en mi vida y que querré siempre.

De los labios de ella salió un ¡oh, querido!, que resumía toda la

realidad de su firme voluntad de enamorada.

En los oídos del esposo sonó la exclamación con inefable dulzura, pero no quiso todavía apearse del pedestal en que su maltrecha dignidad le había colocado.

—¿Por qué, querido?

—Verás es que... Mientras tú estabas aquí esperándome, yo estaba abajo... en tu piso.

—No me importa dónde.

Y herido por las últimas palabras de Jane que, en el ofuscamiento de su oído, oyó sin quererlas escuchar, pero que la percusión que hallaron en su alma le repitió con las vibraciones de un firme cariño, preguntó anhelante:

—¿Cómo! ¿En mi piso?

Y el uno en brazos del otro, sin más palabras, se unieron en el sincero y casto beso de una reconciliación inquebrantable.

...

En los dos pisos siguieron...

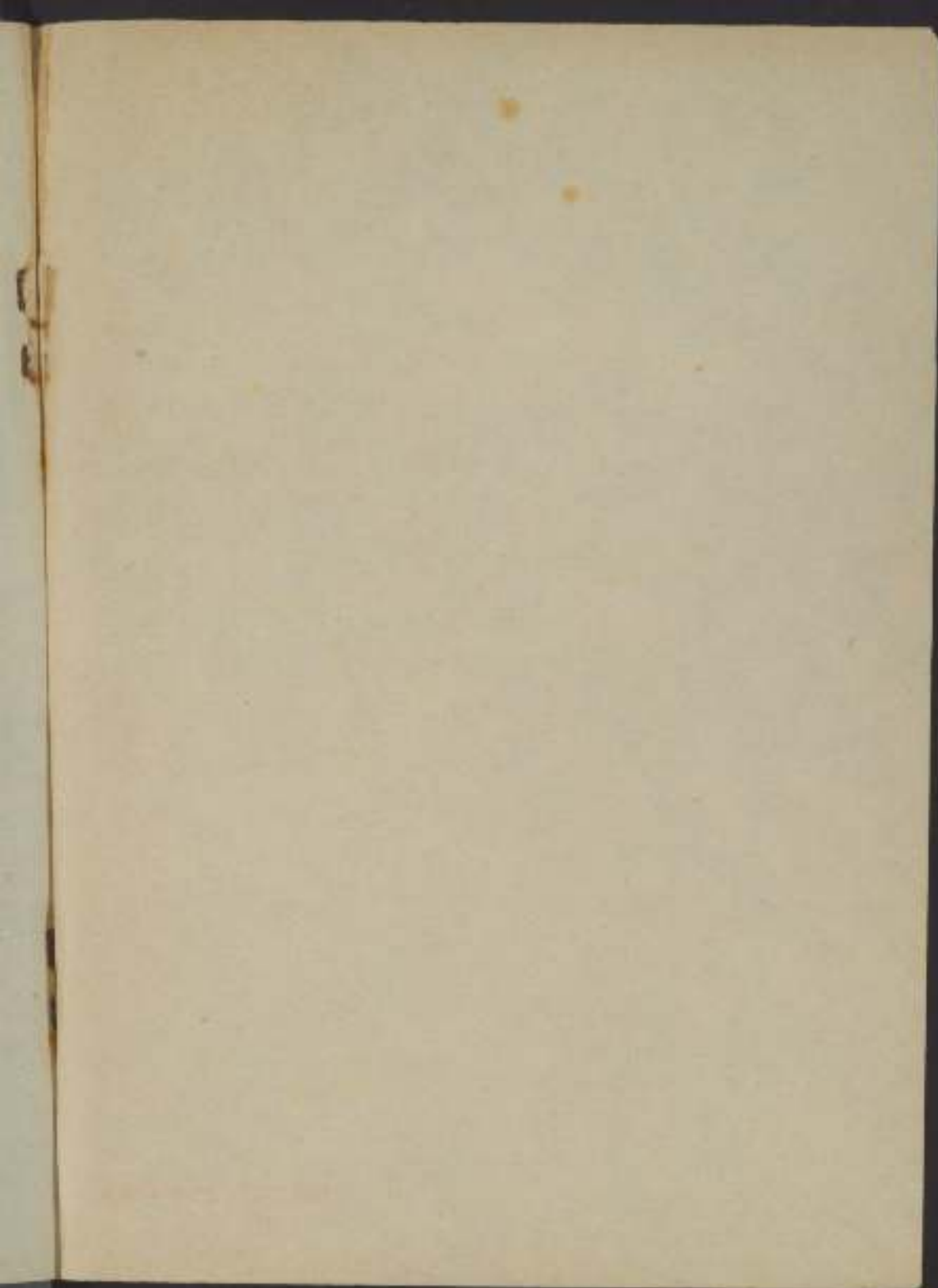
¡Abajo!: La materialidad y la mentira de la vida destruyéndose en excesos y disipaciones entre la incontinencia y la algazara.

¡Arriba!: El espíritu y la verdad fundidos por lo que no muere; por lo que no morirá nunca, porque es eterno e inviolable.

¡La paz del hogar y la santidad del matrimonio y de la familia!

FIN

Argumento novelado
por
VICENTE PARDO BAYO



EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

CALLE DAILEN, 134

BARCELONA

© 2005 Blackwell Publishing Ltd *Journal of Internal Medicine* 258: 103–110

PRECIO: 2'50 PTAS.